

MARK FINLEY



ESPERANZA

PARA UN MUNDO EN CRISIS

CERTEZA PARA UNA
VIDA MEJOR

Este ejemplar fue obsequiado a

.....
por

.....
Datos de contacto

.....
Lugar y fecha



Si apreciaste el mensaje de este libro y deseas más información sobre la Iglesia Adventista del Séptimo Día y sus servicios –tales como iglesias, colegios, universidades, hospitales, clínicas, casas editoras, proyectos de acción solidaria, *Vida por vidas, Rompiendo el silencio*, etc.–, visita:
adventistas.org/es/

El libro *Esperanza para un mundo en crisis* puede ser leído en formato digital y enviado a un amigo. Busca:
libro.esperanzaweb.com

Conoce también la Radio y TV Nuevo Tiempo: **nuevotiempo.org**

Puedes solicitar mayor información en los siguientes correos electrónicos y teléfonos de tu país:

Argentina

libro.esperanza@adventistas.org.ar
Tel.: 0800-555-0201
WhatsApp: +54-9-1150025454

Bolivia

<http://ub.adventistas.org>
union.boliviana@adventistas.org.bo
Tel.: UB +591 61780970
CNT: 440-2685
WhatsApp: Nuevo Tiempo:
+591-72237330
Escuela Bíblica: +591-67407702
FB: @AdventistasEnBolivia/
[@nuevotiempobolivia/](https://www.facebook.com/nuevotiempobolivia/)

Chile

www.nuevotiempo.cl
www.adventistas.cl
esperanza@nuevotiempo.cl
Tel.: +56 (2) 2433 5800
WhatsApp: +569 64808088
WhatsApp: +569 64324347
WhatsApp: +569 73443393

Ecuador

esperanza@adventistas.ec
Tel.: 02-2807423/04-2371211

Paraguay

esperanza.paraguay@adventistas.org
Tel.: +595-971-430222

Perú Norte

esperanza.upn@adventistas.org
Tel.: 416-9700
WhatsApp: +51 942459869

Perú Sur

esperanza.ups@adventistas.org
Tel.: 610-7700

Uruguay

esperanza.uy@adventistas.org
Tel.: 2303-8871

***Debes saber que Dios tiene un plan especial para tu vida.
Busca conocerlo mejor, y vive con más esperanza.***

DESEMPLEO • HAMBRE • DESASTRES NATURALES PANDEMIA • DELINCUENCIA

Esto es parte del retrato trágico del mundo en que vivimos. Ante esta situación, nos surgen muchas preguntas: ¿Hay esperanza para el planeta Tierra? ¿Llegó el fin del mundo? Las profecías bíblicas ¿pueden darnos alguna pista sobre la situación actual? ¿Cómo tener una vida llena de alegría y propósito ante tantos problemas?

El contenido de este libro responderá estas preguntas. De manera simple y profunda, el autor presenta el panorama del mundo actual y señala el camino hacia la solución de los dilemas más complejos de la vida humana.

En estas páginas, encontrarás satisfacción para la mente y paz para el corazón. Revelarán la ruta a un refugio seguro. Con cada capítulo, estarás expuesto al brillo de un nuevo día, que disipará la oscuridad e iluminará tu vida. No lo olvides: hay esperanza para el mañana.



MARK FINLEY es un conferenciante de renombre mundial. Autor de varios libros y orador apreciado, durante más de cuarenta años ha llevado a millones de personas al conocimiento de la verdadera esperanza.



editorialaces.com



MARK FINLEY

ESPERANZA

para un
mundo en
CRISIS

CERTEZA PARA
UNA VIDA MEJOR



Asociación
Casa Editora
Sudamericana

Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG
Florida Oeste, Buenos Aires, Rep. Argentina.

Esperanza para un mundo en crisis
Certeza para una vida mejor
Mark Finley

Título del original: *Hope for troubled times. How to thrive in a shattered world.*

Dirección: Walter E. Steger
Traducción: Claudia Blath
Diseño del interior: CPB / Carlos Schefer
Diseño de tapa: CPB
Ilustración: CPB

Libro de edición argentina
IMPRESO EN LA ARGENTINA - Printed in Argentina

Primera edición
MMXX – 1.000M

Es propiedad. © 2020 Asociación Casa Editora Sudamericana, © 2020 General Conference Corporation of Seventh-day Adventists.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 978-987-798-267-1

Finley, Mark A.
Esperanza para un mundo en crisis : Certeza para una vida mejor / Mark A. Finley / Dirigido por Walter E. Steger. - 1ª ed. - Florida : Asociación Casa Editora Sudamericana, 2020.
80 p. : 19 x 13 cm.

Traducción de: Claudia Blath.
ISBN 978-987-798-267-1

I. Vida cristiana. I. Steger, Walter E., dir. II. Blath, Claudia, trad. III. Título.
CDD 248.4

Se terminó de imprimir el 15 de octubre de 2020 en talleres propios (Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

Prohibida la *reproducción total o parcial* de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.

-112083-

Tabla de contenido

Introducción	4
1 Pandemias, plagas y profecías	5
2 Victoria sobre el miedo, la preocupación y la ansiedad	14
3 El descubrimiento de la vacuna definitiva	23
4 Un equipo de protección poderoso	33
5 Mantente saludable en un planeta enfermo	42
6 El día después	52
7 Cómo conservar la salud financiera	61
8 Dónde encontrar seguridad	70

Introducción

Nuestro mundo fue azotado por una pandemia devastadora. Aunque algunos países se han visto afectados mucho más que otros, todo el planeta sintió el impacto. Millones se vieron afectados. La economía global se ha visto gravemente perturbada y apenas estamos comenzando a recuperarnos. Pero este coronavirus no es la única tragedia que enfrenta nuestro mundo en el siglo XXI. El desempleo, la pobreza, los desastres naturales, las enfermedades, el aumento de la delincuencia y la violencia, las guerras y el hambre afectan a millones.

Estas condiciones mundiales nos llevan a hacernos una serie de preguntas: ¿Dónde está Dios en medio de esta crisis? ¿Es Dios el responsable de las catástrofes en nuestro mundo? ¿Vivimos en el fin de la historia? ¿Cómo tener una vida llena de alegría y propósito frente a todo lo que está sucediendo en el planeta? La Biblia brinda respuestas a estas y muchas otras preguntas. En este libro, *Esperanza para un mundo en crisis*, veremos las respuestas de Dios a nuestras preguntas más profundas.

El libro que tienes en tus manos se centra en la esperanza: esperanza para hoy, para mañana y para siempre. Encontrarás respuestas que satisfarán tu mente y llenarán tu corazón de paz y alegría. Escribí este libro para gente como tú. Cada página te animará en tu viaje por esta vida. Descubre a un Dios que te ama más de lo que alguna vez imaginaste. Él tiene un plan extraordinario para este mundo. Quedarás impactado por la bondad del Señor, y encontrarás un nuevo sentido de seguridad y esperanza. Sigue leyendo, y descubre el plan de Dios para nuestro planeta.

Mark Finley

1

Pandemias, plagas y profecías

Nuestra Tierra ha estado experimentando una crisis de proporciones pandémicas. Como un rayo, un virus golpeó rápidamente un país tras otro. Este coronavirus cambió la vida tal como la conocíamos. La COVID-19 es causada por una nueva cepa de este virus. Mientras escribo este libro, los investigadores están en una carrera contra el tiempo para desarrollar una vacuna científicamente testada y aprobada para combatir esta enfermedad sumamente contagiosa.

Durante el apogeo de la pandemia, las fronteras internacionales se cerraron. Las escuelas suspendieron las clases. Las empresas pusieron a los empleados a trabajar en un esquema de *home office*. Los restaurantes, los cines, los parques de atracciones y otros lugares de entretenimiento se cerraron. Los eventos y las convenciones se cancelaron.

La población recibió instrucciones de evitar las aglomeraciones. El “distanciamiento social” se convirtió en el tema predominante de las noticias. Los Gobiernos nacionales y municipales pusieron a ciudades enteras bajo confinamiento en el hogar. En algunos países, el sistema de salud se saturó. La tasa de desempleo se disparó.

Las noticias relacionadas con la pandemia dominan los noticieros. Los canales de noticias internacionales y locales cubrieron el problema día y noche, sin parar. Recibimos actualizaciones de los funcionarios de salud pública casi a cada minuto.

Todo el mundo parece estar consumido por este pequeño virus de fácil transmisión. A veces nos hemos quedado con más preguntas que respuestas. Muchas de estas preguntas giraban en torno a temas religiosos. En nuestro corazón, buscábamos respuestas.

Respuestas a preguntas difíciles

¿Dónde está Dios en todo esto? La COVID-19 ¿es un juicio divino o simplemente un virus aleatorio que escapó de nuestro control? ¿Qué dice la Biblia sobre las plagas o las pandemias? ¿Es esta una señal del fin del mundo? ¿Hay esperanza para nuestra vida personal, familiar y mundial? Debo decirte que Dios no es el autor de la enfermedad. Él no es el creador del sufrimiento ni la enfermedad. El primer capítulo de la Biblia afirma que, al final de la semana de la Creación, Dios contempló al mundo y dijo que era “muy bueno” (Génesis 1:31).¹ Dios creó un mundo perfecto, sin ningún vestigio de enfermedad. No había virus, gérmenes ni bacterias. No existía el sufrimiento ni la muerte. Las enfermedades no formaban parte del plan original de Dios. El plan de Dios era que la Tierra se poblara de personas felices, sanas y santas.

El pecado es un intruso en nuestro mundo. Invadió nuestro planeta a través de un ser angelical llamado Lucifer, quien fue creado perfecto por Dios. Sin embargo, se rebeló contra los principios del gobierno divino en el cielo hace miles de años. Al ser expulsado de allí, se instaló en nuestro mundo y, desde entonces, ha causado todo tipo de sufrimiento y dolor.

Los seres creados por Dios estaban dotados de libertad de elección. Sin esta característica, es imposible amar. Si el amor no existiera, la vida tendría poco o ningún significado. La auténtica felicidad es el resultado del amor. Sin embargo, dado que fue creado con la capacidad de decidir, Lucifer eligió no amar. Prefirió el camino del egoísmo y del mal.

Este mismo ángel caído engañó a Adán y a Eva, tal como había engañado a un tercio de los ángeles del cielo. La Biblia afirma que el diablo “es mentiroso y el padre de la mentira” (S. Juan 8:44). El último libro de la Biblia, el Apocalipsis, describe que él “engaña al mundo entero” (Apocalipsis 12:9).

La primera mentira de Satanás fue afirmar que Dios realmente no quiso decir lo que dijo. El ángel caído aseguró que Eva podía comer del árbol del conocimiento del bien y del mal, ya que ciertamente no moriría, contradiciendo así lo que Dios había declarado (Génesis 3:4).

Según la mentira de la serpiente, Eva podría transgredir los mandamientos de Dios sin ninguna consecuencia grave. La primera mujer de

¹ A menos que se indique otra versión, todas las referencias bíblicas que se citan en esta obra corresponden a la versión *Nueva Traducción Viviente*. Otras versiones utilizadas en esta obra son: BA (*Biblia de las Américas*), NVI (*Nueva Versión Internacional*), RVR 95 (Reina-Valera revisada 1995).

la humanidad pensó que, si comía del árbol, accedería a una esfera de existencia superior. Satanás afirmó que Dios era arbitrario, un tirano autoritario que no le interesaba el bienestar de sus criaturas.

Una puerta que Dios nunca quiso que se abriera

Cuando Adán y Eva pecaron, abrieron la puerta a la enfermedad, el sufrimiento y el dolor. Dios no quería que fuera así. En esencia, el pecado es separación de Dios (lee Isaías 59:1, 2). Lejos de él, estamos desconectados de la Fuente suprema de vida y salud. Vivimos en un mundo en rebelión contra Dios. Cristo vino a cumplir con las demandas de la Ley transgredida, para restaurarnos a la imagen de Dios y revelar cómo es él. En San Lucas 19:10, Jesús afirma que “el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar a los que están perdidos”. Dado que “la paga que deja el pecado es la muerte”, que “todos hemos pecado; nadie puede alcanzar la meta gloriosa establecida por Dios”, Cristo vino a rescatar a este mundo perdido (Romanos 6:23; 3:23).

En su vida y su muerte, Jesús reveló cuánto se preocupa el Padre por nosotros. Cada milagro que realizó habla de un Dios que se preocupa por nuestro sufrimiento. Cada vez que Cristo abría los ojos a los ciegos, abría los oídos a los sordos, curaba las piernas secas de los paralíticos y resucitaba a los muertos, demostraba cuánto realmente nos ama. Cuando murió en la Cruz, desterró la mentira de Satanás para siempre y reveló que prefería asumir la culpa, la vergüenza y la condena del pecado sobre sí mismo antes que perder a uno solo de nosotros (2 Corintios 5:21; Gálatas 3:13).

Jesús también llegó a ser un ejemplo en demostrar cómo es una vida abundante. Reveló que no es Dios quien está detrás de las enfermedades. No causa sufrimiento ni enfermedad. ¡Él es el Dios de la vida plena! En el gran conflicto entre el bien y el mal, un ángel rebelde ha desafiado a Dios y está luchando contra él por el control de este planeta.

La enfermedad, el sufrimiento y el dolor son consecuencias de esta controversia. Satanás utiliza la enfermedad y el sufrimiento para desacreditar a Dios, haciéndonos pensar que él no quiere lo mejor para nosotros. Sin embargo, en este mundo de sufrimiento, Dios revela su amor y su cuidado. Él dice: “*Y tengan por seguro esto: que estoy con ustedes siempre, hasta el fin de los tiempos*” (S. Mateo 28:20, énfasis añadido).

Las plagas en la Biblia

La Biblia usa la palabra “plaga” o “plagas” algo más de cincuenta veces. Una plaga es una epidemia repentina o mortal que generalmente afecta a toda una comunidad. Esta expresión se usa al menos en tres formas diferentes en las Escrituras. A veces, en la Biblia, la palabra “plaga” se usa para describir una enfermedad que nos está atormentando porque estamos en un mundo de pecado.

Piensa, por ejemplo, en la historia de Job. ¿Crees que fueron los pecados de Job los que causaron la enfermedad que afligió su cuerpo de pies a cabeza? La respuesta es no. ¿Crees que Job fue responsable de la destrucción de su ganado, su familia y su comunidad? ¡Claro que no! Satanás era la gran mente detrás de todo el sufrimiento y la enfermedad del patriarca.

Al describir la experiencia de Job, las Escrituras dicen: “Entonces Satanás salió de la presencia del Señor e hirió a Job con terribles llagas en la piel, desde la cabeza hasta los pies” (Job 2:7). ¿Por qué Dios permitió que Satanás afligiera a Job con una plaga o una peste tan terrible?

Vivimos en un mundo alejado del plan original de Dios, y él no siempre interviene para evitar los ataques de Satanás; pero aun así, él está con nosotros. Está aquí para fortalecernos, animarnos y apoyarnos. A menudo, en medio de los momentos más difíciles de la vida, buscamos a Dios con más fervor y añoramos más profundamente el cielo.

Hay un segundo significado para la palabra “plaga” en la Biblia. A veces, las plagas son los juicios de Dios sobre los malvados. Hay momentos en que los profetas del Antiguo Testamento describen las plagas como el instrumento de Dios para guiar a sus hijos rebeldes al arrepentimiento. Puedes opinar que esto es un poco extraño, pero piensa en Egipto.

Las plagas en esta nación de la antigüedad ¿fueron meros desastres naturales o juicios de Dios para liberar a su pueblo? En su amor, Dios envió una advertencia tras otra a los egipcios. En su gracia, les envió repetidos mensajes para evitar el desastre que sobrevendría, pero deliberadamente rechazaron las invitaciones amorosas de Dios. Entonces, sus juicios cayeron sobre esa Tierra. El amor habla con ternura, pero a veces se comunica en voz alta para llamar nuestra atención. El gran propósito de Dios en todas nuestras experiencias de vida es acercarnos a él.

Un tercer uso del término “plaga” en la Biblia se encuentra en el contexto del retraimiento del poder protector divino. Hay momentos en los

que el Señor retira su presencia y permite que ocurran las consecuencias naturales del pecado. La Biblia relata que, cierta vez, los israelitas fueron mordidos por serpientes en el desierto. Muchos murieron por el veneno. Dios simplemente retiró su presencia para permitir que se manifestaran las consecuencias de las decisiones pecaminosas del pueblo. Su propósito era que sus hijos se arrepintieran y volvieran a aceptar su voluntad.

Cuando nos encontramos con plagas que afectan al mundo, puede ser que Dios esté haciendo un llamado claro para que asumamos con más seriedad nuestro compromiso con Cristo, para que experimentemos un arrepentimiento más profundo y entreguemos nuestra vida completamente a él.

Juan, el autor del Apocalipsis, nos brinda más información sobre el poder de Dios para frenar las tragedias. Hablando de las calamidades que sobrevendrán en los últimos días, declara:

Después vi a cuatro ángeles que estaban de pie en las cuatro esquinas de la tierra. Sujetaban los cuatro vientos para que no soplaran sobre la tierra ni sobre el mar ni sobre ningún árbol. Vi a otro ángel que subía del oriente llevando el sello del Dios viviente. Gritó a los cuatro ángeles que habían recibido poder para dañar la tierra y el mar: “¡Esperen! No hagan daño a la tierra ni al mar ni a los árboles hasta que hayamos puesto el sello de Dios en la frente de sus siervos” (Apocalipsis 7:1-3).

En el lenguaje profético de la Biblia, los vientos representan destrucción. Piensa en la fuerza abrumadora de un tornado, un huracán o un ciclón. Apocalipsis retrata a los ángeles de Dios retrasando la destrucción que caerá sobre la Tierra justo antes del regreso de Jesús. El hambre, los terremotos, los incendios y las plagas que vemos a nuestro alrededor son una muestra de lo que está por venir. Los ángeles están restringiendo la destrucción, mientras el Espíritu Santo está capacitando a personas de todas partes para que se rindan por completo a Jesús.

Dios está preparando a su pueblo para la crisis final que pronto estallará en este mundo. Jesús nos llama a hacer un compromiso total y absoluto con él, a anclarnos en su Palabra y a llenarnos de su amor. Su meta amorosa es que seamos liberados del mal y decidamos estar de su lado.

El aumento de los desastres naturales

En sus enseñanzas, Jesús describe las señales de su regreso a la Tierra. Entre ellas, el Señor menciona plagas devastadoras. Sin embargo, se deben evitar dos extremos. Uno de ellos es el fanatismo, que exclama: “El coronavirus ha llegado, por lo que Jesús debe regresar la próxima semana [o el próximo mes o el próximo año]”. Hay algunos que se alimentan de fantasías y teorías sensacionalistas. Aman poner fechas y cosas por el estilo. Por otro lado, debemos descartar el otro extremo, que es igualmente peligroso. Estos piensan que el virus no tiene nada que ver con las señales de los últimos días.

Por cierto, esto no es lo que Jesús dijo. En San Mateo 24, habla sobre las señales del tiempo del fin y declara: “Una nación entrará en guerra con otra, y un reino con otro reino. Habrá hambres y terremotos en muchas partes del mundo. Sin embargo, todo eso es solo el comienzo de los dolores del parto, luego vendrán más” (S. Mateo 24:7, 8). Jesús menciona guerras, rumores de guerras, el surgimiento de naciones y reinos que luchan contra otros reinos como parte del escenario de los últimos tiempos.

A estos acontecimientos agrega desastres naturales, como terremotos, hambrunas y plagas, entre las más de veinte señales expuestas en San Mateo 24. El Evangelio de San Lucas también habla de estas señales del tiempo del fin. En el capítulo 21, Cristo afirma claramente: “Habrá grandes terremotos, hambres y *plagas* en muchos países, y sucederán cosas aterradoras y grandes señales milagrosas del cielo” (S. Lucas 21:11, énfasis añadido).

Jesús predijo que habría señales dramáticas en el mundo que anunciarían su regreso, como hambrunas, terremotos y plagas. La cantidad de terremotos de 3.0 o más puntos en la escala de Richter se dispara más cada año.² Mientras tanto, los tsunamis, los deslizamientos de tierra, las avalanchas, los tornados y las erupciones volcánicas rompen todos los récords previos de intensidad y efectos desastrosos. El daño causado por el cambio climático cada año supera los 24 mil millones de dólares.³ Es como si toda la naturaleza dijera: “¡Señor, ha llegado tu hora de volver a liberarnos!”

2 Ver datos del Centro de Sismología de la Universidad de San Pablo, disponible en <<http://moho.iag.usp.br/eq/latest>>, consultado el 29 de mayo de 2020.

3 Ver Adam B. Smith, “2018’s Billion Dollar Disasters in Context”, disponible en <<https://www.climate.gov/news-features/blogs/beyond-data/2018s-billion-dollar-disasters-context>>, consultado el 29 de mayo de 2020.

Jesús también predijo el rápido aumento de las plagas. Las plagas son epidemias que afectan a países enteros. También se pueden clasificar como enfermedades extrañas que destruyen nuestros cultivos, contaminantes que dañan el medio ambiente o sustancias nocivas que contaminan el aire y el agua.

Un grupo de científicos publicó un documento llamado “Advertencia a la humanidad”. Escribieron: “No nos quedan más que unas pocas décadas” antes de que se produzca un caos irremediable en la Tierra.⁴ Es bueno tener en claro que no fue un pastor detrás de un púlpito quien lo dijo. ¡Era un grupo de científicos! Ellos declararon: “Las perspectivas para la humanidad se verán muy disminuidas”. Se referían a los disturbios que la humanidad ha estado causando en la naturaleza.

Otra forma de peste son las nuevas enfermedades que han aparecido en todo el mundo. ¿Alguna vez te has preguntado acerca de estas nuevas epidemias? ¿De dónde vienen? Antes de que la ciencia encuentre una solución o una vacuna para una, aparece otra. Piensa en las plagas que se han cobrado millones de vidas en los últimos años. Hemos padecido la enfermedad de las vacas locas, la gripe aviar, el sida, la enfermedad de Lyme, el virus de Marburg, el virus del Nilo Occidental, el SARS, el ébola, y ahora la COVID-19.

¿Una señal del regreso de Cristo?

¿Significa esto que el nuevo coronavirus que ha estado asolando el mundo es una señal del regreso de Cristo? No se destaca de forma aislada como la señal del fin. Sin embargo, al observar el panorama general, las plagas son una de las múltiples señales que Jesús predice que sucederán antes de su regreso.

Eventos como estos indican que el tiempo se acaba y que nos estamos acercando rápidamente al regreso de Cristo. El escenario se está preparando para el clímax de los acontecimientos descritos en los libros proféticos de Daniel y Apocalipsis. Y todo se cumplirá pronto.

A la luz de las predicciones de Cristo en su Palabra profética, ¿qué podemos esperar del futuro? Los desastres naturales aumentarán. Hambres, terremotos y plagas ocurrirán con mayor frecuencia. Al igual que en los días previos al diluvio de Noé, cuando un mundo pecaminoso

⁴ “1992 World Scientists’ Warning to Humanity”, disponible en <<https://www.ucsusa.org/resources/1992-world-scientists-warning-humanity>>, consultado el 29 de mayo de 2020.

llo de inmoralidad y violencia llenó la copa con su iniquidad en rebelión contra Dios, nuestro mundo se está preparando para los juicios divinos finales.

En su amor, Dios apela a un planeta que lo ha abandonado. No hay nada más importante para él que salvar a la mayor cantidad posible de personas. Cuando Dios retira su poder protector, se extienden los desastres naturales y las enfermedades que provocan la muerte. Él no causa estas tragedias, pero las usa para demostrar la fragilidad de la vida. Ellas nos ponen de rodillas para buscar la única fuente de seguridad, que es Cristo y las promesas de su Palabra. La Biblia es un libro lleno de las promesas de Dios.

La esperanza marca la diferencia

Cuando perdemos la esperanza, las negras nubes de la desesperación se ciernen sobre nuestra cabeza. El futuro parece sombrío, y el mañana se avizora incierto. La esperanza nos lleva de lo que es a lo que será. Ella pinta el futuro en un conjunto de colores brillantes. Levanta nuestro espíritu del lodo y nos eleva al cielo.

La esperanza no es un deseo vano o un vago anhelo de un mañana mejor. No es un deseo sin fundamento o una expectativa incierta. En las Escrituras, la esperanza es una expectativa fuerte y segura, basada en las inmutables promesas de Dios con la certeza de que lo que se espera se logrará. Al escribir el libro bíblico de Romanos, Pablo declaró que todas las “cosas se escribieron hace tiempo en las Escrituras para que nos sirvan de enseñanza. Y las Escrituras nos dan esperanza y ánimo mientras esperamos con paciencia hasta que se cumplan las promesas de Dios” (Romanos 15:4).

El apóstol enfrentó las pruebas más severas en la vida. Fue apedreado, golpeado, injustamente condenado y encarcelado. Aun así, escribió a los cristianos de Roma que enfrentaban tiempos difíciles: “Le pido a Dios, fuente de esperanza, que los llene completamente de alegría y paz, porque confían en él. Entonces rebosarán de una esperanza segura mediante el poder del Espíritu Santo” (Romanos 15:13). El Señor es un Dios de esperanza. Cuando nos apropiamos de su amoroso cuidado en nuestro favor en todas las circunstancias de la vida, nuestro corazón se llena de alegría y paz, rebosante de esperanza.

Las promesas de Dios revelan esperanza para hoy, para mañana y para siempre. Brindan una base segura en un mundo inseguro. Alientan nuestro corazón y nos dan la percepción de que no estamos solos. Comunican esperanza a nuestra mente angustiada y paz a nuestro espíritu ansioso.

Aunque podemos enfrentar desafíos y la vida no sea como la planeamos o deseamos, las promesas de Dios son ciertas. Nuestra felicidad no se basa en la idea ilusoria de que no nos pasará nada malo. No está fundamentada en el sueño mítico de que cada día es más fascinante que el anterior. A veces le pasan cosas malas a la gente buena.

Vivimos en un mundo quebrantado. La enfermedad, el sufrimiento, la pobreza y el dolor afectan tanto a los justos como a los injustos, pero hay una diferencia: aquellos que depositan su fe en Dios están llenos de esperanza. Nuestra esperanza está firmemente anclada en un Dios que nunca nos defrauda (ver Hebreos 6:18). Está arraigada en aquel que está con nosotros en las pruebas y las dificultades. Está cimentada en Cristo, quien un día tomó forma humana, quien nos comprende y nos fortalece en nuestras pruebas (ver Hebreos 4:15). Se identifica con nosotros en nuestras lágrimas y consuela nuestro corazón. Vino para darnos la esperanza de un mañana mejor.

¡Que tu corazón hoy se llene de esperanza! Jesús regresará pronto. Entonces, el sufrimiento, los desafíos y las dificultades de la vida terminarán, y viviremos con él para siempre.



Para saber más sobre el tema de este capítulo, accede a este Código QR o al enlace: adv.st/esperanza-1



¿Quieres saber más sobre otros temas? Accede ahora: adv.st/quieroesperanza

2

Victoria sobre el miedo, la preocupación y la ansiedad

Alguien dijo una vez que el miedo, la preocupación y la ansiedad son nuestros mayores enemigos. Hace poco escuché una vieja leyenda fascinante.

Se dice que un campesino se dirigía a Constantinopla en su carreta y fue detenido por una anciana que le pidió que lo llevara. La colocó a su lado y, mientras viajaban, notó su expresión facial, se asustó y le preguntó:

–¿Quién eres tú?

–Soy la señora Cólera –respondió la anciana.

Asustado, el campesino le dijo a la mujer que bajara y caminara, pero ella lo convenció de que la llevara, prometiéndole que no mataría a más de 5 personas en Constantinopla. Como garantía de la promesa, le entregó una daga, diciendo que era la única arma capaz de matarla. Y agregó:

–Te veré en dos días. Si rompo mi promesa, puedes apuñalarme.

En Constantinopla, 120 personas murieron de cólera. Enfurecido, el hombre que la había llevado a la ciudad comenzó a buscarla. Cuando la encontró, levantó la daga que ella le había dado para matarla y gritó:

–Prometiste que no matarías a más de 5 personas, ¡pero murieron 120!

Pero ella lo detuvo, diciendo:

–Cumplí mi promesa. Solo maté a cinco. Fue el miedo el que mató a los demás.

Esta leyenda es una verdadera parábola de la vida. Las enfermedades pueden matar a miles de personas, pero muchas mueren porque están abrumadas por el miedo. Cuando miramos el futuro con ansiedad, esperando lo peor, en lugar de esperar lo mejor con anticipación, nos invade un sentimiento paralizante. Desde nuestro nacimiento, el miedo a menudo arroja su sombra oscura sobre nosotros. Oprime nuestra mente, debilita nuestro sistema inmunológico, disminuye nuestra fuerza de voluntad y nos debilita en la batalla contra el enemigo. El miedo ahoga la alegría y destruye los sueños.

Es una emoción estrechamente relacionada con la ansiedad y la preocupación. A menudo viene como resultado de una amenaza, situación o peligro aparentemente inevitable. De la COVID-19 aprendimos que, de repente, una pandemia puede infundir miedo en el corazón del mundo entero. La gente comenzó a temer que cada persona que conocía pudiera tener el coronavirus. Cualquiera tocaba la alerta de los que estaban cerca. Estornudar hizo que el corazón se acelerara. Muchos se preguntaban todo el tiempo: “¿Me contagié del virus? ¿Qué pasa si estoy infectado? ¿Es mi sentencia de muerte?”

Cómo afrontar el miedo

¿Qué nos puede liberar de nuestros peores temores? O, más bien: ¿quién realmente puede calmarnos? La Biblia presenta más de tres mil promesas que muestran el amor y el cuidado de Dios. Muchas de ellas son específicamente alentadoras en tiempos de crisis. Cuando nos aferramos a las promesas divinas, nos llenamos de esperanza al enfrentar las dificultades de la vida. La confianza en Cristo nos fortalece, y estamos seguros de que él está a nuestro lado. Tenemos la seguridad de aquel que dijo: “Nunca te fallaré. Jamás te abandonaré” (Hebreos 13:5).

Una de las historias más bellas de la Biblia se desarrolló en el tormentoso Mar de Galilea, y nos enseña la importancia de la fe para enfrentar el miedo. El Mar de Galilea tiene unos 21 kilómetros de largo por 13 kilómetros de ancho. A veces, soplan fuertes vientos, lo que transforma rápidamente el mar calmo en un torrente de furia impetuosa.

Los discípulos de Jesús cruzaron el mar en una noche estrellada, disfrutando de las tranquilas aguas. De repente, negras nubes cubrieron el cielo. El viento agitó las aguas, y formó grandes olas. Las corrientes

gigantes de agua sacudían el bote. El Evangelio de San Mateo relata el caso de la siguiente manera: “Mientras tanto, los discípulos se encontraban en problemas lejos de tierra firme, ya que se había levantado un fuerte viento y luchaban contra grandes olas. A eso de las tres de la madrugada, Jesús se acercó a ellos caminando sobre el agua” (S. Mateo 14:24, 25). Era de madrugada. Habían abordado el bote a primera hora de la tarde. Debían terminar el cruce en dos o tres horas, pero lucharon contra el viento y las olas durante ocho largas horas. Se sentían fatigados, cansados y exhaustos. Era como si ya no pudieran pelear. Su fuerza se había agotado.

Hay momentos en la vida en que la batalla es feroz. La tormenta se desata a nuestro alrededor y estamos tan agotados por el conflicto que imaginamos que no podemos continuar la lucha. Ahí es cuando nos llegan buenas noticias.

¿Qué estaba haciendo Jesús mientras tanto? ¿Dónde estaba él durante esa dura pelea? Estaba orando por los discípulos. Pidiéndole al Padre que aumentara la fe de ellos, que los fortaleciera para enfrentar la tormenta y les concediera el coraje para continuar. Jesús sabía algo que los discípulos no sabían: la Cruz se acercaba y la tormenta por la que atravesaban en ese momento aumentaría la fe de los doce, en preparación para lo que estaba por venir. En las tormentas de la vida que enfrentamos todos los días, Jesús nos está preparando para mayores crisis que asolarán nuestro mundo en el futuro.

Los discípulos miraban la tormenta; Jesús miraba a los discípulos. Los ojos de ellos estaban fijos en las olas; los de Jesús estaban fijos en los discípulos. Para los discípulos, todo parecía estar fuera de control, pero Jesús tenía todo bajo control. En medio de las tormentas de la vida, los ojos de Dios están sobre nosotros. Cuando los truenos estallan y las olas se agigantan, él sigue siendo poderoso para salvar. En la oscuridad, él es la luz de nuestra vida.

En los versículos 25 y 26, las Escrituras dicen: “A eso de las tres de la madrugada, Jesús se acercó a ellos caminando sobre el agua. Cuando los discípulos lo vieron caminar sobre el agua, quedaron aterrados. Llenos de miedo, clamaron: ‘¡Es un fantasma!’ ” Los discípulos quedaron aterrorizados. Ese es el problema. Temieron lo desconocido. Vieron lo que pensaron que era un fantasma. La creencia en los espíritus malignos era común en el siglo I en Palestina. La idea de la

existencia de fantasmas, espíritus y guardianes era generalizada. Esos discípulos habían pasado años con Jesús, pero, en un momento de tormenta, sus temores asumieron el control y eclipsaron los procesos de pensamiento racional.

Lo desconocido a veces despierta miedo, y el problema es que, en algunas ocasiones, nuestros peores temores se hacen realidad. Hay quienes dicen: “No te preocupes. Todo estará bien”. Pero tú y yo sabemos que las cosas no siempre salen como queremos. Por lo tanto, muchos entran en el juego de “¿qué pasa si?”: “¿Qué pasa si tengo cáncer?” “¿Cómo reaccionaré si el médico dice que necesito comenzar el tratamiento de inmediato?” “Mi esposo no volvió a casa para cenar con nosotros, como lo hace siempre. Ya son las 22 y todavía no ha llamado. ¿Y si tuvo un accidente?” “La empresa para la que trabajo está haciendo un corte drástico en el personal. ¿Qué pasa si pierdo mi trabajo y no puedo pagar las cuentas?”

Las preguntas de “qué pasaría si” deben ceder su paso ante la voz de Cristo, quien proclama en medio del mar embravecido de la vida: “No tengan miedo –dijo-. ¡Tengan ánimo! ¡Yo estoy aquí!” (versículo 27). ¿Te has dado cuenta de cuántas veces el Señor dice: “No tengas miedo”? A lo largo de los evangelios, Jesús usa las frases “no tengas miedo” y “ten ánimo” muchas veces.

Jesús es la respuesta a los temores abrumadores que consumen nuestra energía, roban nuestra alegría y arruinan nuestra salud. El miedo necesita dar lugar a la fe a medida que ajustamos nuestro enfoque. El miedo es una emoción. No siempre podemos controlar nuestras emociones. Ellas van y vienen. A menudo nos inundan en forma inesperada. La fe es una actitud. Significa confiar en que Dios es nuestro amigo, que nos ama y que nunca nos hará daño.

Una ilustración personal

Permíteme compartir una ilustración muy íntima contigo. Tuve que recibir tratamiento médico para un problema de salud específico que estoy afrontando. Una de las terapias recomendadas por el equipo médico fue la oxigenoterapia hiperbárica. Es necesario ingresar en una cámara de oxígeno hiperbárico y permanecer allí durante aproximadamente 2 horas todos los días, por un total de 35 a 40 sesiones. Cuando el dueño de la clínica me explicó cómo funcionaba el tratamiento, advirtió que el problema de

muchas personas que ingresan en la cámara no es la claustrofobia, sino la falta de confianza. No es posible salir por los propios medios de la cámara. El paciente debe estar absolutamente seguro de que el operador lo sacará de allí después del procedimiento. La confianza promueve la calma.

Cuando entré en la cámara hiperbárica, deposité mi confianza en el técnico. No tenía miedo, porque confiaba en quien estaba operando la máquina. Creía que la persona encargada sabía lo que estaba haciendo.

Cuando pasamos por experiencias desafiantes, cuando el miedo crece y la ansiedad amenaza nuestra alegría, podemos tener absoluta confianza en Cristo. Jesús tiene las riendas; él sabe lo que hace.

La respuesta a los temores que enfrentamos es la fe en el hecho de que Jesús está presente en las tormentas de la vida y nos acompañará en cualquier situación. El miedo es una emoción. La fe es una actitud y una decisión.

Pedro no permitió que sus miedos anularan la fe y le hicieran perder el foco. En medio de la tormenta y las olas furiosas, le gritó a Jesús: "Señor, si realmente eres tú, ordéname que vaya hacia ti caminando sobre el agua" (versículo 28). La fe nos saca del bote. La fe nos lleva a caminar en aguas tormentosas con Jesús. La fe nos lleva a enfrentar el viento y la lluvia con los ojos fijos en el Maestro de los vientos y el Señor del cielo y la Tierra. La fe vence al miedo. La confianza triunfa sobre nuestras pruebas. La fe supera los obstáculos en nuestro camino y nos permite andar sobre mares tormentosos con Jesús.

Jesús respondió a la solicitud de Pedro con un par de palabras: "Sí, ven" (versículo 29). Jesús nunca dice: "¡Mantén distancia!" Él nunca dice: "Tú decides". Jesús nunca dice: "Deja de molestarme con esto. Ya tengo demasiados problemas para resolver en el mundo".

Al contrario, él invita: "¡Ven! Bájate del bote. Ven por fe y camina sobre el agua. ¡Ven! ¡Mis brazos son fuertes! No te ahogará". Pedro respondió a la invitación de Cristo y salió del bote. Se aventuró a lo desconocido con Jesús. Pedro no permitió que sus miedos lo paralizaran.

¿Cuáles son tus mayores miedos? ¿Qué es lo que más te preocupa? Cristo es más grande que nuestros temores. Es más grande que nuestras dudas. Es más grande que nuestras preguntas. Y nos invita a ir a él en medio de los mares tormentosos de la vida.

Mientras Pedro mantuvo sus ojos fijos en Jesús, caminó sobre el agua. Pero le sucedió algo que también nos sucede con frecuencia en las tormentas de la vida. Pedro perdió la concentración: “Pero cuando vio el fuerte viento y las olas, se aterrorizó y comenzó a hundirse” (vers. 30). Mientras Pedro miraba a Cristo y confiaba en su palabra, caminaba sobre el agua. No obstante, cuando se concentró en las olas y en la situación traicionera en la que se encontraba, se hundió. O miramos nuestras dificultades desde una perspectiva terrenal o las miramos a través de los ojos de la fe.

Cuando el miedo nos supera, nos hundimos, porque nuestra fe se ha hundido. En el momento en que Pedro comenzó a hundirse en el mar tormentoso, solo había una cosa que podía salvarlo. No era su habilidad como pescador experimentado. No era su conocimiento del Mar de Galilea. No era su sabiduría para resolver los problemas. No era su habilidad para nadar de vuelta al bote. Cuando Pedro comenzó a hundirse, gritó: “¡Sálvame, Señor!” (S. Mateo 14:30).

Mateo: testigo de un milagro

Mateo fue testigo de este milagro. Él escribió basado en una experiencia de primera mano. Mateo estaba en el bote observando toda la escena. Y él informó: “De inmediato, Jesús extendió la mano y lo agarró” (S. Mateo 14:31). Cuando Pedro gritó, Jesús respondió de inmediato. Cristo está presente en las tormentas de la vida. Está aquí cuando las olas son altas y la noche es oscura.

¿Has notado que hay dos gritos en este pasaje? Uno, de miedo; y uno, de fe. Cuando los discípulos vieron lo que pensaban que era la aparición de un fantasma, según el versículo 26, gritaron de miedo. Cuando Pedro se hundía en las olas, gritó con fe.

Podemos tener absoluta confianza en la realidad de que Jesús nunca se aleja de aquellos que claman con fe. Su brazo es fuerte para sostenernos. David lo describe maravillosamente: “Ahora conozco que Jehová salva a su ungido [...] con la potencia salvadora de su diestra (Salmo 20:6). Estamos a salvo en las manos de Jesús.

Fíjate que Jesús no le dijo a Pedro: “Pedro, ¿dónde está tu fe?”, o “Pedro, no tienes fe”. De hecho, lo que dijo fue: “Tienes tan poca fe” (S. Mateo 14:31). Tener poca fe es mejor que no tener fe en absoluto. Esto me recuerda la declaración de Jesús en San Mateo 17:20: “Si tuvieran fe,

aunque fuera tan pequeña como una semilla de mostaza, podrían decirle a esta montaña: ‘Muévete de aquí hasta allá’, y la montaña se movería. Nada sería imposible”. Cuando ejercitemos nuestra poca fe, esta crecerá y se convertirá en una fuerza poderosa que nos permitirá caminar por los tormentosos mares de la vida.

Pedro tuvo suficiente fe para salir del bote, pero no para atravesar la tormenta. Jesús a menudo permite que las tormentas de la vida nos sobrevengan para aumentar nuestra fe. El trabajo de la fe es garantizar que nuestras dudas reciban las respuestas correctas de Dios.

Si el miedo nos consume o si estamos llenos de esperanza, depende solo de la perspectiva con la que vemos la vida. Si observamos los problemas, nuestro corazón se llenará de miedo. Jesús dice: “¡Mira hacia arriba!” ¿Por qué? Cuando miramos el Santuario celestial, vemos a Jesús y descubrimos fortaleza en sus promesas. En Cristo, encontramos confianza. En ella, experimentamos seguridad. Jesús nos eleva por encima de las incertidumbres y las preocupaciones de la vida. A su lado, nuestro corazón está lleno de seguridad en aquel que nos ama con amor eterno, imperecedero, insondable, inagotable e infinito.

Confía en las promesas de Dios

Se cree que, en la Biblia, la expresión “no temas” se repite 365 veces: una por cada día del año. ¡Dios se encargó de todo el calendario! Y nos invita a descansar en su amor, a confiar en su gracia y a regocijarnos en su poder.

En una de las promesas más reconfortantes de la Biblia, el profeta Isaías registra un poderoso estímulo de Dios para nosotros: “No tengas miedo, porque yo estoy contigo” (Isaías 41:10). ¿Por qué no debemos temer? Porque Jesús está con nosotros. No importa por lo que pasemos, él está a nuestro lado. “No tengas miedo, porque yo estoy contigo; no te desalientes, porque yo soy tu Dios. Te daré fuerzas y te ayudaré; te sostendré con mi mano derecha victoriosa” (Isaías 41:10). Cuando nos enfrentamos a enfermedades, sufrimientos y dolor, no debemos temer; Jesús está con nosotros. También en el libro de Isaías encontramos este maravilloso mensaje de aliento: “Digan a los de corazón temeroso: ‘Sean fuertes y no teman, porque su Dios viene para destruir a sus enemigos; viene para salvarlos’” (Isaías 35:4).

¿Por qué no debemos temer? La razón no es porque creamos que nunca nos enfermaremos. La libertad del miedo se basa en la certeza de la presencia de Cristo con nosotros. ¿Recuerdas el momento en que Job sufrió una terrible plaga que afligió su cuerpo? En medio del sufrimiento, declaró con confianza: “Pero yo sé que mi Redentor vive, y que al fin se levantará sobre el polvo, y que después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios” (Job 19:25, 26, RVR 95). Job estaba absolutamente seguro de que llegaría un mejor momento y que, un día, vería a Dios cara a cara. Hasta entonces, con esperanza y confianza, pudo exclamar: “Dios podría matarme, pero es mi única esperanza” (Job 13:15). Job vivía confiado en el Dios que no solo prometió estar con él en cada momento del día, sino también le aseguró que vendría un mañana mejor.

Incluso si contraemos una enfermedad que puede causar la muerte, nuestra fe debe mantener viva la promesa de que Jesús volverá pronto para llevarnos a casa. Al igual que Job, creemos que lo veremos cara a cara. Cristo nos dejó estas palabras de consuelo: “No dejen que el corazón se les llene de angustia; confíen en Dios y confíen también en mí. En el hogar de mi Padre, hay lugar más que suficiente. Si no fuera así, ¿caso les habría dicho que voy a prepararles un lugar? Cuando todo esté listo, volveré para llevarlos, para que siempre estén conmigo donde yo estoy” (S. Juan 14:1-3).

¡Jesús regresará! En ese maravilloso día, seremos llevados a las nubes del cielo y lo encontraremos en el aire. La enfermedad y el sufrimiento serán erradicados para siempre. La enfermedad y la muerte no tendrán lugar en la presencia de nuestro Dios amoroso.

Una de las principales razones para no vivir con miedo es el hecho de que conocemos el final de todo. Sabemos que la enfermedad no tendrá la última palabra. La última palabra es de Cristo. Sabemos que el coronavirus, o cualquier otro virus, desastre natural, calamidad o guerra nuclear no destruirá toda la vida en el planeta Tierra. Tenemos la promesa del regreso de Jesús. Vemos hambrunas. Vemos terremotos. Vemos angustia entre las naciones. Vemos la posibilidad de un conflicto nuclear. Vemos el cambio climático. Vemos que la enfermedad les arrebató la vida a miles. Vemos todas estas cosas, pero tenemos una esperanza que nos permite triunfar en medio de los momentos más difíciles de la vida.

Hay una sensación de confianza que nos hace avanzar, porque leemos los últimos capítulos de la Biblia. Conocemos el final de la historia. En Apocalipsis 21:4 y 5, San Juan escribe: “Él les secará toda lágrima de los ojos, y no habrá más muerte ni tristeza ni llanto ni dolor. Todas esas cosas ya no existirán más. Y el que estaba sentado en el trono dijo: ‘¡Miren, hago nuevas todas las cosas!’ ” Creemos en la “esperanza bienaventurada”, expresada en Tito 2:13, de que Cristo regresará. Por lo tanto, vemos más allá y visualizamos cómo será todo. Miramos más allá del hoy y contemplamos el mañana. Vemos más allá de la enfermedad y visualizamos la salud total. Miramos más allá de los virus que se propagan por el aire.

Dios tiene un propósito al permitir que ocurran calamidades. Él nos llama a depender completamente de él. Nos revela que no hay certeza en el mundo en que vivimos. Cristo es nuestra única seguridad. Él es nuestro único Salvador, Redentor, Libertador y Rey pronto a venir. ¿Cuál es el gran mensaje que recibimos en la pandemia de COVID-19? Se nos llama a despertar.

Cristo nos dice que este mundo no es todo lo que hay. Nuestra vida es frágil. Nuestro cuerpo es frágil. Sin embargo, mucho más allá de eso, nos espera algo mejor: la gloria de Dios. Hay algo por lo que vale la pena vivir, y es Jesús. Permítele llenar tu corazón, eliminar tus miedos, fortalecer tu decisión y prepararte para su pronto regreso.



Para saber más sobre el tema de este capítulo, accede a este Código QR o al enlace: adv.st/esperanza-2



¿Quieres saber más sobre otros temas? Accede ahora: adv.st/quieroesperanza

3

El descubrimiento de la vacuna definitiva

Mientras escribo este libro, los laboratorios de investigación y los centros médicos universitarios de todo el mundo avanzan a toda velocidad para descubrir una vacuna eficaz contra el nuevo coronavirus, que causa la COVID-19. Las vacunas apuntan a producir una respuesta inmune, incluyendo una mayor producción de anticuerpos y defensa contra infecciones causadas por virus y bacterias.

A medida que los países intentan controlar la propagación de esta pandemia mortal, una de las mayores preocupaciones que ha surgido es el temor de que una segunda ola de COVID-19 vuelva a ocurrir en poco tiempo. Esta preocupación ha llevado a los investigadores a dar alta prioridad al desarrollo de una vacuna lo más rápido posible.

Cuarenta voluntarios de salud de un laboratorio de investigación en los Estados Unidos acordaron participar en ensayos clínicos para desarrollar una vacuna eficaz contra el virus que causa la COVID-19. En este estudio, la vacuna se inyecta en el brazo como si fuera una simple prueba cutánea. “Es el estudio experimental más importante que hemos hecho”, dijo el Dr. John Ervin, del Centro de Investigación Farmacéutica.¹ Sin embargo, incluso si la investigación es exitosa, se espera que lleve más de un año antes de que cualquier vacuna esté disponible a gran escala. Las personas están ansiosas por una vacuna que evite el contagio por COVID-19.

A pesar de que la pandemia actual ha causado cientos de miles de muertes en todo el mundo, hay un virus aún más mortal que ha

¹ Lauran Neergaard, “Second US study for COVID-19 vaccine uses skin-deep shots”, disponible en <<https://apnews.com/9015b2282aa259ffa413a548d1a1b37c>>, consultado el 29 de mayo de 2020.

infectado a la humanidad. La COVID-19 puede incluso destruir el cuerpo, pero esta enfermedad mortal es capaz de afectar más que la vida física. Jesús hizo esta notable declaración: “No teman a los que quieren matarles el cuerpo; no pueden tocar el alma. Teman solo a Dios, quien puede destruir tanto el alma como el cuerpo en el infierno” (S. Mateo 10:28). El virus del pecado es mucho más mortal que el coronavirus. Después del contagio con el virus del pecado, el pronóstico es la muerte eterna, a menos que se administre la vacuna. ¿Cómo comenzó esta pandemia y cuál es la solución definitiva?

Otro virus incluso más mortal

Aunque fueron creados perfectos, a imagen y semejanza de Dios, desgraciadamente Adán y Eva escucharon la voz de la serpiente en el Jardín del Edén y cedieron a sus tentaciones. A partir de entonces, fueron infectados por el virus del pecado, que se alojó en la naturaleza humana. Debido a esto, la primera pareja transmitió este mal a sus descendientes. Por eso, el salmista declara milenios después de la caída en el Edén: “Pues soy pecador de nacimiento, así es, desde el momento en que me concibió mi madre” (Salmo 51:5).

El diagnóstico no tiene remedio: “Nada hay tan engañoso como el corazón. No tiene remedio” (Jeremías 17:9, NVI). Todos recibimos esta terrible herencia que infecta el núcleo de nuestra vida y distorsiona todo lo que somos y hacemos. Isaías agrega: “Todos nosotros nos hemos extraviado como ovejas; hemos dejado los caminos de Dios para seguir los nuestros” (Isaías 53:6). El apóstol Pablo se lamentó: “¡Soy un pobre desgraciado! ¿Quién me libertará de esta vida dominada por el pecado y la muerte?” (Romanos 7:24). Tenemos una enfermedad mortal y sumamente contagiosa que se transmite de padres a hijos. No obstante, algunos creen que no se han infectado, o que son asintomáticos. Viven difundiendo orgullo, envidia, egoísmo, tosiendo maldad y estornudando impureza, sin darse cuenta de la seriedad de su caso. Necesitan la vacuna. Necesitan desesperadamente encontrar al Doctor.

La cura

Hay alguien que puede liberarnos de las garras del pecado. Cuando el apóstol Pablo exclama: “¡Soy un pobre desgraciado! ¿Quién me

libertará de esta vida dominada por el pecado y la muerte?”, no nos deja la pregunta abierta, sino que responde a su pregunta de manera triunfante: “¡Gracias a Dios! La respuesta está en Jesucristo nuestro Señor” (Romanos 7:24, 25). Hay un Médico que tiene la medicina para el virus del pecado. Jesús dio su vida a fin de que la curación estuviera disponible para nosotros.

El médico divino se sacrificó para librarnos del poder del virus del pecado. Se enfrentó a las tentaciones de Satanás y salió victorioso. Él satisface las demandas de la Ley que nosotros hemos violado. Sufrió nuestra muerte para que nosotros podamos vivir la vida que le pertenece a él. La Cruz revela al Universo hasta dónde estuvo dispuesto a llegar Cristo para salvarnos.

La Biblia nos dice que Cristo “mismo cargó nuestros pecados sobre su cuerpo en la cruz” (1 S. Pedro 2:24). La cruz del Calvario revela un amor que va más allá de la comprensión humana. Al contemplar al Hijo de Dios crucificado, podemos unirnos con el apóstol Pablo, quien dijo: “Me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2:20).

No merecemos la gracia de Cristo. No tenemos ningún mérito que nos permita obtenerla. Él experimentó toda la ira del Padre; es decir, el juicio contra el pecado. Fue rechazado para que nosotros fuésemos aceptados. Sufrió nuestra muerte para que nosotros pudiéramos vivir la vida que le pertenece. Usó una corona de espinas para que nosotros pudiéramos llevar una corona de gloria. Fue clavado sobre sus pies, sufriendo un dolor insoportable en la Cruz, para que nosotros pudiéramos reinar en un trono con los redimidos de todas las edades. Vistió túnicas de vergüenza para que nosotros pudiéramos vestirnos con ropa regia para siempre.

La mayor de todas las maravillas, la mayor de todas las fascinaciones, es que, incluso en medio de nuestra vergüenza y nuestra culpa, Jesús no nos rechazó. Nos buscó en el amor para aceptarnos. ¡Es el “Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”! (S. Juan 1:29). En el Santuario del Antiguo Testamento, el cordero a punto de morir representaba el cuerpo herido, quebrantado y sangriento de nuestro Salvador. Bien entendidos, estos sacrificios apuntaban a la cruda Cruz en el futuro. Hablaban de clavos y una corona de espinas. Hablaban de un juicio mentiroso, de la agonía del madero, de la burla de los soldados

romanos y de la burla de la multitud. Hablaban del precio del pecado, de la condenación de la Ley y de la maravilla de la gracia.

La Cruz revela un amor tan maravilloso, tan extraordinario y tan divino que eligió asumir la condena, la culpa y la pena del pecado en lugar de perder eternamente aunque sea a uno de sus hijos. La autora cristiana Elena de White escribió:

Con fieras tentaciones, Satanás torturaba el corazón de Jesús. El Salvador no podía ver a través de los portales de la tumba. La esperanza no le presentaba su salida del sepulcro como vencedor ni le hablaba de la aceptación de su sacrificio por parte del Padre. Temía que el pecado fuese tan ofensivo para Dios que su separación resultase eterna. Cristo sintió la angustia que el pecador sentirá cuando la misericordia no interceda más por la raza culpable. Lo que hizo tan amarga la copa que bebía el Hijo de Dios y quebró su corazón fue el sentido del pecado, lo cual atraía la ira del Padre sobre él como Sustituto del hombre.²

Esta es la historia de la gracia. Esta es la historia del amor sin medida de un Salvador. Esta es la historia de Jesús, quien nos ama tanto que eligió experimentar la misma muerte en lugar de perder a uno de nosotros. Esta es la historia de un amor ilimitado, inalcanzable, incomprensible, imperecedero, interminable e infinito que anhela nuestra presencia a su lado por toda la eternidad. Es la historia del Hijo de Dios, que estuvo dispuesto a asumir la culpa, la condena y las consecuencias de nuestro pecado. La muerte de Cristo en la Cruz nos libera de la condenación, la culpa, la vergüenza y la pena máxima del pecado. La sangre derramada de Cristo es la única vacuna efectiva contra el virus del pecado. Pero la historia no termina en la Cruz.

Jesús está vivo

Si Jesús hubiera muerto y nunca hubiese resucitado, habría sido un mero mártir que murió por una buena causa. Si él nunca hubiera conquistado la tumba, ¿qué esperanza tendríamos nosotros de la vida eterna? Para redimirnos, se necesitan tanto al Cristo que murió como al Cristo vivo. El Cristo resucitado nos libra de las garras del pecado. El

² Elena de White, *El Deseado de todas las gentes* (Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 2008), p. 701.

dominio del pecado en nuestra vida se ha roto. Ya no nos tiene en sus garras. Hay un poder más fuerte que la influencia de nuestra herencia, el entorno en el que vivimos o los errores del pasado. Se trata del poder del Cristo viviente, quien resucitó de los muertos para transformar nuestra vida. Si la tumba de Cristo no estuviera vacía, nuestras vidas no podrían llenarse. Si su cuerpo todavía estuviera en la tumba, no habría certeza de que nuestro cuerpo algún día también saldrá de la tumba. Si no hubiera resucitado, no tendríamos ninguna esperanza de resurrección.

En el Evangelio de San Mateo, leemos:

Al día siguiente, que era el día de descanso, los principales sacerdotes y los fariseos fueron a ver a Pilato. Le dijeron: “Señor, recordamos lo que dijo una vez ese mentiroso cuando todavía estaba con vida: ‘Luego de tres días resucitaré de los muertos.’ Por lo tanto, le pedimos que selle la tumba hasta el tercer día. Eso impedirá que sus discípulos vayan y roben su cuerpo, y luego le digan a todo el mundo que él resucitó de los muertos. Si eso sucede, estaremos peor que al principio. Pilato les respondió: “Tomen guardias y aseguren la tumba lo mejor que puedan”. Entonces ellos sellaron la tumba y pusieron guardias para que la protegieran (S. Mateo 27:62-66).

No olvides que Mateo era un recaudador de impuestos; es decir, se esperaba que fuera muy detallista. Observa las palabras de Pilato: “Tomen guardias y aseguren la tumba lo mejor que puedan”. Hay cuatro puntos cruciales en este pasaje.

1) Los escribas y los fariseos estaban preocupados por la resurrección de Cristo.

2) Pilato ordenó un destacamento de guardias romanos para proteger la tumba.

3) Se colocó una piedra grande que cubría la entrada.

4) Un sello romano selló la tumba.

Se colocó un destacamento romano de soldados experimentados para proteger la tumba. Este grupo de oficiales romanos tenía el honoroso deber de proteger el sepulcro. El protocolo militar romano requería fidelidad a la misión. Cualquier desviación de la lealtad absoluta y el incumplimiento de la tarea asignada eran castigados con la muerte.

Luego viene la cuestión del sello romano. Los soldados sellaron la tumba con un sello romano, que pretendía evitar cualquier intento de vandalizar la tumba. El sello simbolizaba el poder y la autoridad del Imperio. Cualquiera que intentara quitar la piedra de la entrada de la tumba rompería el sello y violaría la ley romana. Los romanos gobernaron Jerusalén con un brazo de hierro y no toleraban ningún desafío a su autoridad.

Usando la lógica, ¿alguien pensaría que los discípulos desafiarían la autoridad de Roma después de que el Gobierno romano condenó y ejecutó a Jesús? ¿Dónde estaban los discípulos en ese momento? Estaban temblando de miedo, escondidos en el Aposento Alto. Pedro acababa de negar al Señor tres veces. En la Cruz, los discípulos abandonaron a Jesús y huyeron. Es ilógico pensar que esos discípulos infieles tendrían el coraje de violar el sello romano.

Además, hubiese sido necesario mover la piedra. En San Juan 20:1, las Escrituras informan: “El domingo por la mañana temprano, mientras aún estaba oscuro, María Magdalena llegó a la tumba y vio que habían rodado la piedra de la entrada”. Los arqueólogos han descubierto varias tumbas en la región de Jerusalén. En general, una piedra de sepultura como esta pesaba alrededor de dos toneladas. Estaba sitiada sobre una ranura a la entrada de la tumba, y se la hacía rodar por medio de una barreta para cerrar la tumba. La ranura a menudo no estaba nivelada, por lo que se hacía deslizar la piedra redonda por una pequeña pendiente hasta el lugar correcto. Una vez cerrada, era extremadamente difícil quitar la piedra de la tumba, ya que tendría que rodar hacia arriba.

El escritor Josh McDowell presenta un argumento muy sólido cuando afirma que “se tomaron tantas medidas de seguridad en el juicio, en la Crucifixión, en el entierro, y en el cierre y el sellado de la tumba, así como en la protección de su tumba, que es difícil para los críticos defender su posición de que Cristo no resucitó de los muertos”³

Una de las mayores evidencias de la resurrección de Cristo es la transformación en la vida de los discípulos cuando comenzaron a proclamar poderosamente su resurrección. ¿A dónde fueron primero? Regresaron a Jerusalén, el mismo lugar del que habían huido. Con el tiempo, cada uno de estos discípulos, con excepción de Juan, sufrió la muerte de un mártir. Santiago fue decapitado. Pedro fue crucificado

³ Josh McDowell, “Evidence For The Resurrection”, p. 2, disponible en <<https://www.josh.org/wp-content/uploads/Evidence-For-The-Resurrection.pdf>>, consultado el 29 de mayo de 2020.

boca abajo. ¡Es absurdo pensar que morirían por una mentira que ellos mismos inventaron!

Las verdades transformadoras de la Resurrección

La Biblia a menudo comunica lecciones profundas en términos simples. El Evangelio de San Mateo solo dice: “El domingo por la mañana temprano, cuando amanecía el nuevo día, María Magdalena y la otra María fueron a visitar la tumba” (S. Mateo 28:1).

Piensa en María Magdalena. Tenía una mala reputación, pero había encontrado el perdón, la misericordia y la gracia en Cristo. Por primera vez en su vida, había descubierto a alguien que la amaba con un sentimiento puro, desinteresado y divino. Había expulsado a los demonios que la habían acosado durante tanto tiempo en su vida. En Cristo, ella había encontrado una nueva oportunidad. Él le había ofrecido una razón para vivir.

Pero Jesús estaba muerto. La última vez que había visto al Salvador, su cuerpo estaba quebrantado, magullado y ensangrentado. Se había marchado con angustia y profunda tristeza por haber sido testigo de la crucifixión de su Maestro. No podía soportar ver la sangre roja y viscosa que goteaba de sus manos ni su sangrante rostro. No podía mirar a los ojos de Jesús, no podía soportar mirar su cuerpo devastado por el dolor. No podía soportar el horror de todo aquello.

Acompañemos a María y a las otras mujeres en su camino a la tumba para embalsamar el cuerpo de Cristo. Está amaneciendo. La oscuridad se disipa. Los últimos días habían estado marcados por una profunda decepción y sufrimiento. Sus esperanzas se habían roto en mil pedazos, como una botella de vidrio arrojada contra la pared. Los discípulos se habían aislado en el Aposento Alto, como en una cuarentena autoimpuesta, llenos de miedo y sin certeza sobre el futuro.

Piensa en María Magdalena acercándose a la tumba. La muerte de Cristo había destrozado sus sueños. ¿Qué pensamientos cruzaban por su mente? Ella debió de haberse preguntado cómo encontrarle sentido a los acontecimientos de los últimos días. Debió de haber estado confundida, perpleja y conmocionada por todo lo que había sucedido en las últimas 48 horas. Aun así, dio un paso de fe y fue a embalsamar su cuerpo.

Las mujeres no tenían respuesta a todas las preguntas. Estaban confundidas acerca de muchos de los acontecimientos del fin de semana y, sin duda, no tenían idea de cómo mover la piedra gigante que cerraba la tumba. Los guardias romanos indudablemente no estarían dispuestos a ayudarlas con esto. No tenían idea de cómo se resolvería el problema, pero sintieron el deber de hacer su parte y dejaron el resto a Dios. No tienes que tener todas las respuestas para hacer lo que Dios pone en tu corazón.

La fe no significa que entiendes todo, sino que puedes confiar en todo lo que Dios dice. La fe no es saber; es creer. La fe no es tener todas las respuestas; es tener la confianza en que Dios todavía nos ama y está haciendo todo por nuestro bien, incluso si apenas entendemos.

La historia de la resurrección de Jesús nos recuerda que, después de la oscuridad, siempre sale el Sol. La noche se convierte en día. En la hora de la oscuridad más profunda de tu vida, cree que Jesús, el Sol de justicia, brillará en tu existencia. No tienes que entenderlo. Solo cree. Cree que se preocupa por ti. Cree que te ama. Cree que él tiene en mente lo mejor para ti. Cree que la luz de Dios iluminará tu corazón. Jesús es la Luz del mundo y aleja la oscuridad.

Hay un giro extraño en la historia de la Resurrección. Encontramos esto en San Juan 20:11 al 17. “María se encontraba llorando fuera de la tumba”. Dos ángeles preguntaron: “Apreciada mujer, ¿por qué lloras?” Ella respondió: “Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto”. Después de eso, “dio la vuelta para irse y vio a alguien que estaba de pie allí. Era Jesús, pero ella no lo reconoció”. Hay muchas personas que sienten que no saben dónde o cómo encontrar a Jesús. Lo más interesante es esto: María estaba buscando a Jesús, pero él estaba justo a su lado. Dios prometió que nunca dejaría a sus hijos. Hablando en nombre de Dios, el profeta dijo: “No tengas miedo, porque yo estoy contigo; no te desalientes, porque yo soy tu Dios. Te daré fuerzas y te ayudaré; te sostendré con mi mano derecha victoriosa” (Isaías 41:10).

En medio de las lágrimas, María no vio a Jesús, pero él estaba muy cerca de ella. ¿Dónde está Cristo cuando tienes la sensación de que no puedes encontrarlo? ¿Dónde está él cuando tu vida espiritual se ha secado y te preguntas adónde se ha ido? Él está a tu lado para fortalecerte, animarte y darte esperanza.

A primera vista, parece extraño que Jesús no se apareciera primero a Pedro, Santiago, Juan y Mateo. ¿Por qué se le apareció a María? La respuesta es simple: ella tenía la mayor necesidad. Jesús siempre está con nosotros, pero en el momento de nuestra mayor necesidad, permanece muy cerca de nosotros. La primera lección transformadora en la historia de la Resurrección es: ¡Alégrate! ¡Cristo ha resucitado! Ha amanecido. La oscuridad se ha disipado. La esperanza ha llegado.

Hay una segunda verdad eterna que no podemos perder de vista. La tumba está vacía. La muerte ha perdido. La vida ganó. Satanás no pudo mantener a Jesús en la tumba. La resurrección de Cristo señala el día en que Jesús vendrá y nuestros seres queridos también serán resucitados. Es posible que hayas perdido a un ser querido en los últimos tiempos. Al igual que María Magdalena, tus ojos aún pueden estar llenos de lágrimas, con un corazón roto y en medio de un profundo duelo. Pero no olvides que la mañana de la Resurrección comunica esperanza. Esta realidad transmite coraje y habla de una nueva vida. Jesús tiene el antídoto contra el virus del pecado. Él murió por nosotros. Él vive para nosotros. Él regresará por nosotros.

Cada vez que Jesús confrontaba la muerte en el Nuevo Testamento, la muerte perdía y él ganaba. Jesús enfrentó la muerte en la casa de Jairo, el líder de la sinagoga. Cuando dijo las palabras: “¡Niña, levántate!”, la muerte huyó (S. Marcos 5:41). La muerte pierde su poder en presencia del Cristo viviente. Nuevamente, ante la tumba de Lázaro, en presencia de Cristo, la muerte perdió y Jesús obtuvo la victoria. La tumba no pudo contener al amigo del Maestro, cuando declaró: “¡Lázaro, sal de ahí!” (S. Juan 11:43) Y en la tumba de Cristo, en la mañana de la Resurrección, la muerte fue derrotada.

En la tumba de Cristo, esa mañana de la Resurrección, el último enemigo fue derrotado, la mayor arma de Satanás fue destruida. La muerte fue vencida. Ahora, nuestros corazones pueden latir llenos de esperanza. Las palabras del apóstol Pablo resuenan en los pasillos del tiempo: “Pero permítanme revelarles un secreto maravilloso. ¡No todos moriremos, pero todos seremos transformados! Sucederá en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, cuando se toque la trompeta final. Pues, cuando suene la trompeta, los que hayan muerto resucitarán para vivir por siempre. Y nosotros, los que estemos vivos, también seremos

transformados” (1 Corintios 15:51, 52). La resurrección de Jesús es la garantía eterna de que aquellos que creen y son transformados por su gracia serán resucitados el día de su regreso.

En la tumba de Cristo, en esa mañana de la Resurrección, nuestro destino eterno fue sellado. Después de todo, sin la Resurrección, la vida eterna que prometió no podría cumplirse. Por eso los autores del Nuevo Testamento ponen tanto énfasis en la Resurrección. La mencionan más de trescientas veces. Esa mañana de la Resurrección, hace dos mil años, Cristo triunfó sobre Satanás. La vida venció a la muerte. La fe derrotó al miedo. La esperanza sepultó la desesperación. Es hora de alegrarse. ¡Cristo ha resucitado! La muerte perdió su dominio sobre nosotros. Pronto, Jesús vendrá y nos llevará a casa.



Para saber más sobre el tema de este capítulo, accede a este Código QR o al enlace: adv.st/esperanza-3



¿Quieres saber más sobre otros temas? Accede ahora: adv.st/quieroesperanza

4

Un equipo de protección poderoso

Millones de personas han sido infectadas y miles han muerto debido a la pandemia de la COVID-19. Durante ese período, una de las mayores necesidades de los profesionales de la salud fue utilizar equipos de protección personal.

Este equipo es ropa protectora, cascos, guantes, anteojos, máscaras y respiradores, entre otros, diseñados para proteger a los profesionales de la salud de la exposición a infecciones o enfermedades. Debido a la transmisión aérea de la COVID-19, es crucial que los profesionales de la salud tengan el equipo de protección necesario. Durante la crisis, faltaron equipos de protección personal en algunas regiones y, por lo tanto, muchos profesionales de la salud, médicos, residentes, enfermeras y auxiliares de enfermería contrajeron la COVID-19.

Hay otra pandemia letal con un virus aún más mortal que este coronavirus. El virus del pecado ha infectado a toda la familia humana. El propósito de la verdadera religión cristiana es erradicar esta enfermedad. Para esto, Dios ha provisto equipos espirituales de protección personal con los que podemos resguardarnos. Al relacionarnos con Dios por medio de su Palabra y la oración, estamos protegidos de la agresión maligna de este virus y entramos en un tratamiento divino para la cura definitiva de esta, la enfermedad humana más grave.

El apóstol Pablo escribió: “Pues no luchamos contra enemigos de carne y hueso, sino contra gobernadores malignos y autoridades del mundo invisible, contra fuerzas poderosas de este mundo tenebroso y contra

espíritus malignos de los lugares celestiales. Por lo tanto, pónganse todas las piezas de la armadura de Dios para poder resistir al enemigo en el tiempo del mal. Así, después de la batalla, todavía seguirán de pie, firmes” (Efesios 6:12, 13). La armadura de Dios es nuestra protección contra el virus del pecado. Cuando los profesionales de la salud ingresaban en la habitación de un paciente con COVID-19, no pensaban en hacerlo sin algún tipo de ropa protectora. Todos los días entramos en el territorio del mal. Sin la protección adecuada, estaremos expuestos a un verdadero desastre espiritual. Con la armadura de Dios, podemos prosperar en los momentos más difíciles de la vida. Es el equipo de protección que nos ofrece en tiempos de prueba. Este “equipo” nos cura y nos protege al mismo tiempo de los constantes ataques del enemigo.

¿Qué equipo de protección es el que Dios te ofrece en el conflicto entre el bien y el mal? El apóstol Pablo nos da una pista en 2 Corintios 10:4: “Usamos las armas poderosas de Dios, no las del mundo, para derribar las fortalezas”. ¿Cuáles son estas armas de Dios? ¿Cómo podemos estar espiritualmente preparados para las crisis que enfrentamos en nuestra vida personal? ¿Cuál es la fuente de nuestra fuerza espiritual? ¿Cuáles son los recursos que Dios nos ha dado para combatir el virus del pecado?

Una de las armas elegidas por Dios es su Palabra. Las Escrituras revelan: “Pues la palabra de Dios es viva y poderosa. Es más cortante que cualquier espada de dos filos; penetra entre el alma y el espíritu, entre la articulación y la médula del hueso. Deja al descubierto nuestros pensamientos y deseos más íntimos” (Hebreos 4:12). La Biblia es la Palabra viva de Dios. Por medio del ministerio del Espíritu Santo, cobra vida en nuestro corazón y cambia nuestra existencia. Otros libros pueden ser inspiradores, pero la Palabra de Dios está inspirada. Otros libros pueden iluminar la mente, pero la Palabra de Dios no solo nos ilumina; nos transforma.

La Palabra de Dios tiene poder creador

La inspirada Palabra de Dios contiene principios que transforman la vida. El poder creador de la Palabra de Dios ilumina nuestra oscuridad. Nos transforma. Cuando Dios pronunció sus palabras en la Creación, nuestro planeta nació. Él creó este mundo con su palabra todopoderosa.

El salmista declara: “El Señor tan solo habló, y los cielos fueron creados. Sopló la palabra, y nacieron todas las estrellas. [...] Pues cuando habló, el mundo comenzó a existir; apareció por orden del Señor” (Salmo 33:6, 9).

La palabra de Dios tiene el poder de crear. Cuando Dios habla, trae a la existencia lo que ha declarado, porque su palabra es poderosa. La palabra audible que viene de la boca de Dios crea materia tangible. El apóstol Pablo afirmó una verdad extraordinaria al comentar sobre la forma en que Abraham y Sara tuvieron un hijo en su vejez: “Dios [...] crea cosas nuevas de la nada” (Romanos 4:17). Incluso antes de que Sara concibiera su hijo, Dios había declarado que quedaría embarazada. Este pronunciamiento divino se hizo realidad porque la palabra de Dios tiene el poder de hacer lo que él declara.

Esta maravillosa verdad es capaz de transformar la vida. El poder creador de la palabra hablada de Dios está en su Palabra escrita, la Biblia. El poder de la Palabra trae luz a las mentes oscuras. El poder de la Palabra apaga las almas sedientas y alimenta los corazones hambrientos. Recrea el alma a imagen de Dios. Nos fortalece en la batalla entre el bien y el mal. Cuando Jesús fue tentado en el desierto, se enfrentó a Satanás directamente con las palabras: “Escrito está: ‘No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios’ ” (S. Mateo 4:4). La Biblia nutre nuestra alma. Sus enseñanzas satisfacen nuestros anhelos más profundos. Así como el cuerpo es sustentado, satisfecho y fortalecido por alimentos saludables y nutritivos, nuestra alma es sustentada, satisfecha y fortalecida por la Palabra de Dios.

Esto nos lleva a otra pregunta vital: la Biblia ¿es simplemente un libro inspirador o es un libro divinamente inspirado, que Dios mismo nos dio? Si la Biblia es la revelación de Dios para toda la humanidad, descuidar sus enseñanzas nos pone en peligro de pérdidas eternas. Si la Biblia es simplemente un documento humano inspirador, entonces tendría poco poder para transformar radicalmente nuestra vida. Entonces, la pregunta sobre la inspiración de la Biblia es de crucial importancia. De hecho, puede ser una cuestión de vida o muerte. Consideremos las evidencias.

La inspiración de la Biblia

El sol tórrido en Palestina golpeaba sin piedad al joven árabe que cuidaba a sus pocas ovejas en una remota región del Mar Muerto. Era

otro día común para él. Todas las mañanas, el joven pastor guiaba a las ovejas en busca de pasturas a través de las abrasadoras arenas del desierto. No tenía idea de que ese día cambiaría el mundo.

Cuando una de las ovejas se extravió y entró en una cueva, el niño intentó asustarla arrojando una piedra adentro. Para su sorpresa, escuchó el sonido de una cerámica que se quebraba. Pensó que había descubierto un valioso tesoro escondido y corrió a su casa para contarle a su padre. Lo que descubrieron en la cueva ese día fue mucho más valioso que las riquezas del pasado. Allí, en una región costera del Medio Oriente, en 1947, se descubrieron los Rollos del Mar Muerto. Las vasijas de barro de la cueva contenían un tesoro invaluable: los manuscritos bíblicos más antiguos que se hayan conocido. Estos rollos fueron escritos por la comunidad de Qumran entre más de un siglo antes de Cristo y el primer siglo de la Era Cristiana. Los miembros de esta comunidad se llamaban esenios. Pasaban horas copiando la Biblia a mano.

Para garantizar la precisión, las reglas de escritura eran extremadamente estrictas. Algunos de los eruditos y expertos bíblicos más prominentes en lenguas bíblicas antiguas han estudiado estos manuscritos durante décadas. Estos rollos antiguos dan testimonio elocuente de la precisión y la confiabilidad de la Biblia. Se suman a los manuscritos del Mar Muerto varias otras copias del Antiguo Testamento producidas posteriormente. Cuando se comparan todos estos manuscritos, hay una notable armonía, lo que demuestra la precisión y la corrección de su transmisión a lo largo del tiempo. Además de los manuscritos del Antiguo Testamento, hay más de dos mil cuatrocientos manuscritos del Nuevo Testamento de los siglos I al IV. La Biblia ha sido copiada y recopiada más que cualquier otro libro en el mundo. La precisión de estas copias da testimonio de la inspiración divina de la Biblia.

De generación en generación

Durante milenios, la Palabra de Dios se ha transmitido con precisión de una generación a la siguiente. La Biblia, desde su primer libro, el Génesis, hasta el último, el Apocalipsis, responde a nuestras preguntas más profundas y habla de los anhelos más íntimos del corazón. La Biblia fue escrita en un lapso de mil quinientos años, por más de cuarenta autores. Muchos de ellos no llegaron a conocerse. Vivían en

diferentes lugares, hablaban diferentes idiomas y eran producto de diferentes culturas.

Sin embargo, cada uno de ellos escribió bajo la inspiración del Espíritu Santo. Por esta razón, los autores bíblicos presentaron claramente el plan eterno de Dios para la raza humana. No hay contradicción temática en las Escrituras. Hay una unidad extraordinaria de pensamiento y propósito entre todos los libros. El contenido de la Biblia refleja los pensamientos de la mente divina. Expresiones como “dijo Dios,” “así dice el Señor” y similares aparecen en muchas partes del Libro Sagrado. Los escritores de la Biblia creían que estaban inspirados por Dios, y la evidencia interna en sus escritos revela que los mensajes son de origen divino.

El cumplimiento de numerosas profecías bíblicas resalta la verdad de las Escrituras. La Biblia contiene alrededor de 31 mil versículos, y poco más de 8 mil de ellos, más del 25 %, contienen profecías. Estas profecías son increíblemente precisas: revelan nombres de naciones y gobernantes, por ejemplo. Presentan detalles minuciosos de la vida de Cristo con siglos de anticipación. Estos son algunos ejemplos:

La biografía de Cristo fue escrita cientos de años antes de su nacimiento. Setecientos años antes de la primera Navidad, el profeta Miqueas predijo que el Mesías nacería en Belén (ver Miqueas 5:2). Un decreto de César Augusto llevó a María y a José a Belén exactamente en la noche del nacimiento de Cristo. ¡Esto es extraordinario! Esta es solo una de las increíbles profecías sobre el nacimiento, la vida, la muerte y la resurrección de Jesús. El libro de Números, escrito mil quinientos años antes, predijo que una estrella aparecería en el este como una señal del nacimiento del Mesías (ver Números 24:17). El ministerio de Cristo se describe en detalle en Isaías 61:1 al 3. Su muerte, incluida su crucifixión, se describe en el Salmo 22 unos mil años antes de que sucediera. Es sorprendente notar que incluso el precio de la traición de Judas, treinta piezas de plata, fue predicho por Zacarías siglos antes de que ocurriera (ver Zacarías 11:12, 13).

Las profecías del Antiguo Testamento revelan el surgimiento y la caída de naciones, el destino de reyes y gobernantes, así como el futuro de nuestro mundo con minuciosa precisión. El profeta Daniel predijo el surgimiento de cuatro grandes imperios que dominarían el Medio

Oriente: Babilonia, Persia (Imperio Medopersa), Grecia y Roma, incluida la división del Imperio Romano (ver Daniel 2; 7; 8).

En San Mateo 24, Jesús hace predicciones impactantes sobre los últimos días que ahora se están cumpliendo. Esas son solo algunas de las profecías que demuestran claramente la fiabilidad, la veracidad y el origen divino de la santa Palabra de Dios.

El propósito principal de la Biblia

El propósito principal de la Biblia es revelar un plan eterno de salvación. La Biblia contiene historia, pero no es principalmente un libro de historia. Aborda las ciencias, pero no es un libro de texto de ciencias. Presenta vislumbres de la mente humana, pero no es un tratado sobre psicología. Aunque la Palabra de Dios se encuentra con diferentes disciplinas es, ante todo, la revelación de la voluntad de Dios. Las Escrituras expresan verdades eternas para la humanidad. La Biblia responde tres preguntas importantes de la vida: “¿Por qué estoy aquí?”, “¿De dónde vengo?” y “¿Qué me depara el futuro?” Su texto da esperanza y ánimo a cada uno de nosotros.

El tema central de la Biblia es Jesús. Los profetas del Antiguo Testamento hablaron de él. Cada libro de la Biblia es una revelación de su amor. Al hablar con los fariseos, Jesús declaró: “Ustedes estudian las Escrituras a fondo porque piensan que ellas les dan vida eterna. ¡Pero las Escrituras me señalan a mí!” (Juan 5:39). El Antiguo Testamento habla del Cristo por venir; el Nuevo Testamento revela al Cristo que ya ha venido. La Biblia entera “testifica” de Jesús. En las Escrituras, Jesús es el Cordero que fue asesinado, el Sacerdote vivo y el Rey por venir. Él es quien nos justifica, nos santifica y algún día nos glorificará. Jesús es nuestro Salvador y Señor perdonador, misericordioso, compasivo y que transforma la vida.

Jesús es el gran obrador de milagros. Transforma la vida. Cristo agregó: “Las palabras que yo les he hablado son espíritu y son vida” (Juan 6:63). El Espíritu Santo toma los principios de la Palabra de Dios e impresiona con ellos nuestras mentes receptivas, convirtiéndonos en nuevas criaturas. Cristo está en el centro de todas las enseñanzas bíblicas. Por eso, el apóstol Pablo declara tan enfáticamente: “Todo el que pertenece a Cristo se ha convertido en una persona nueva. La vida antigua ha pasado; ¡una nueva vida ha comenzado!” (2 Corintios 5:17).

Símbolos de la Palabra de Dios

El salmista David declara: “Tu palabra es una lámpara que guía mis pies y una luz para mi camino” (Salmo 119:105). La luz siempre expulsa la oscuridad. Si no se tiene luz en un camino por la noche, es fácil perderse. No será difícil tropezar y caer en un cañón profundo, sin luz. Una linterna fuerte marca toda la diferencia. La Palabra de Dios ilumina el camino de los seguidores de Cristo. Jesús es la “luz del mundo”, que aporta claridad a nuestra oscuridad a través de su Palabra (S. Juan 8:12).

Mi esposa y yo vivimos a casi dos kilómetros de la iglesia adventista a la que asistimos. A menudo, después del culto vespertino, volvemos caminando a casa. Nuestro viaje nos lleva por un camino lleno de árboles, a través de un bosque sin luz. Ha habido momentos en que hemos transitado por allí casi en la oscuridad total, y es difícil mantenerse en el camino y encontrar la dirección correcta. Hemos aprendido por experiencia que tener una linterna marca toda la diferencia. Con iluminación, el camino a casa es muy agradable. Sin la luz, andamos a tientas en la oscuridad. Jesús anhela llevarnos a casa, así que nos dio su Palabra como una lámpara para iluminar el camino.

En Jeremías 23:29, la Palabra de Dios se compara con el fuego y el martillo. Es similar al fuego porque consume. Cuando leemos la Palabra de Dios, su fuego arde dentro de nosotros, consumiendo el error. El proceso de refinamiento no siempre es agradable, pero es necesario eliminar las impurezas de nuestro carácter. La Palabra de Dios es también un martillo. El martillo de la Palabra de Dios rompe el corazón endurecido. Piensa en los cambios drásticos que han tenido lugar en la vida de los endemoniados, del centurión romano, del ladrón en la cruz y de muchos otros en el Nuevo Testamento. La Palabra de Dios golpeó sus corazones endurecidos hasta que se rompieron ante el martillo del amor.

Uno de los símbolos más comunes en las Escrituras compara la Biblia con una “semilla”. En San Lucas 8:11, Jesús declara: “La semilla es la palabra de Dios”. Hay vida en una pequeña semilla. Cuando la semilla de la Palabra de Dios se siembra en el suelo de la mente, produce una abundante cosecha de vida. Jesús usó el símbolo de la semilla con frecuencia para describir el crecimiento de su Reino. La Palabra de Dios difundida como una semilla en todo el mundo producirá una cosecha fértil. Jesús amplía este tema en una de sus parábolas agrícolas: “El reino de Dios es

como un agricultor que esparce semilla en la tierra. Día y noche, sea que él esté dormido o despierto, la semilla brota y crece, pero él no entiende cómo sucede” (S. Marcos 4:26, 27).

A algunos les puede parecer que la Palabra de Dios ha quedado sepultada en algún rincón de la mente. Puede parecer cubierta bajo la tierra del pecado; pero, si se cultiva, brotará a una nueva vida. Cambiará radicalmente nuestras actitudes, nuestras conversaciones y nuestro estilo de vida. La semilla da vida. Quizá no veamos crecer la semilla, pero crece en nuestra mente para producir resultados que dan vida.

La Biblia también usa el término “pan” para describir la Palabra de Dios. Jesús dijo: “Yo soy el pan de vida” (S. Juan 6:35). Añadió: “La gente no vive solo de pan, sino de cada palabra que sale de la boca de Dios” (S. Mateo 4:4). El pan era el puntal de la vida en todo el mundo antiguo y es un alimento presente en todas las culturas. Es uno de los elementos fundamentales en la alimentación. Una persona puede sobrevivir durante mucho tiempo solo con pan y agua. Al usar la ilustración del pan, Jesús declara que es esencial para la vida.

El poder de la Biblia para transformar vidas

El mayor testimonio de la inspiración de la Biblia es su capacidad, por el poder del Espíritu Santo, de transformar vidas por completo. Permíteme compartir contigo la historia de Chen. Como ateo, creía que los cristianos no eran más que campesinos ignorantes, incultos y sin opinión propia.

Un día en 1992, Chen regresó a su casa de vacaciones después de un período de servicio militar y descubrió que su esposa se había convertido en adventista del séptimo día. Entre 1991 y 1993, hubo un reavivamiento provocado por el Espíritu Santo en el noreste de China. En una ciudad, se bautizaron entre dos mil y tres mil personas al año. Cuando Chen se enteró de que su esposa era cristiana y creía en la Biblia, se puso furioso. Su ira se desbordó. Le gritó, la amenazó y la intimidó.

Luego, la esposa contrajo una infección ocular grave y tuvo que someterse a una cirugía. Él se sentaba a su lado en la cama del hospital durante horas todos los días. Cuando comenzó a recuperarse, comenzó a leer la Biblia con su ojo bueno, cubriendo el otro. El médico le sugirió que descansara ambos ojos, pero la mujer sentía que necesitaba la

fuerza de la Palabra de Dios. Desesperado, el esposo dijo: “Ya es horrible tener una esposa cristiana. ¡No te quiero ciega también! Puedes darme ese libro, que yo voy a leerlo para ti”.

Ella le pidió que leyera Job. Cuanto más leía, más se interesaba. Estaba asombrado por la fe que mostró Job. No podía entender cómo alguien que pasó por tantas dificultades y enfrentó pruebas tan intensas pudo confiar en Dios. Cuando llegó al final del libro de Job, se sorprendió aún más al descubrir que Dios había convertido la tragedia de Job en un triunfo: “Cuando Job oró por sus amigos, el Señor le restauró su bienestar. Es más, ¡el Señor le dio el doble de lo que antes tenía! [...] Así que el Señor bendijo a Job en la segunda mitad de su vida aún más que al principio” (Job 42:10, 12).

Chen continuó leyendo la Biblia en secreto cuando su esposa salía de la habitación para recibir su tratamiento. Incapaz de resistir, allí mismo, en la habitación del hospital, se rindió al llamado de Cristo. Hoy es pastor, predica la Palabra de Dios con poder y aprecia la Biblia que alguna vez despreciaba. Las verdades transformadoras de la Palabra de Dios marcaron la diferencia en la vida de Chen.

La Biblia le habla a gente de todas las culturas, orígenes e idiomas. Ofrece esperanza en tiempos turbulentos para todas las personas. La invitación del Cielo es que tú leas la Palabra de Dios. Permite que la belleza de las Escrituras inunde tu alma. Encuentra un lugar tranquilo y deja que el Espíritu Santo mueva tu vida. Siente el poder de la Palabra de Dios de una manera nueva. Ha transformado la vida de Chen y también puede cambiar tu vida.



Para saber más sobre el tema de este capítulo, accede a este Código QR o al enlace: adv.st/esperanza-4



¿Quieres saber más sobre otros temas? Accede ahora: adv.st/quieroesperanza

5

Mantente saludable en un planeta enfermo

Las enfermedades no solo debilitan el cuerpo, sino también perturban la mente. Cuando estamos enfermos, es mucho más fácil sentirnos desanimados e incluso deprimidos. ¿Alguna vez has estado enfermo durante toda una semana? ¿Cómo te sentiste? Durante la pandemia de la COVID-19, las personas infectadas con la enfermedad informaron síntomas físicos abrumadores, que incluyeron fiebre alta con escalofríos, dolor muscular intenso, tos persistente, dificultad para respirar, dolor de garganta, fuertes dolores de cabeza y fatiga.

Una de las grandes consecuencias de esta pandemia fue sufrir la enfermedad en soledad, debido al grado de contagio del virus. Los miembros de la familia tuvieron grandes dificultades para brindar la atención necesaria.

Lo más trágico es que algunos incluso murieron solos en habitaciones de hospital, aislados de la familia. Es extremadamente difícil sufrir los síntomas avanzados de este coronavirus durante dos semanas, pero ¿y si estuvieras enfermo durante doce años? ¿Qué pasaría si sufrieras un dolor constante, excluido y separado de tu familia año tras año? El Evangelio de San Marcos registra la historia de una mujer que sufrió una enfermedad durante doce largos años y tuvo que vivir en una especie de cuarentena todo ese tiempo.

“Una mujer de la multitud hacía doce años que sufría una hemorragia continua” (S. Marcos 5:25). Ella tenía sangrado continuo. Su ropa estaba manchada por este flujo incesante de sangre. Estaba cansada,

exhausta, demacrada y débil. Lo peor de todo era que ya no podía sentir el cálido abrazo de los demás. Ya no podía disfrutar del toque de un niño. Se sentía desanimada, deprimida y desesperada. Quería estar bien. Ansiaba curarse, pero nada parecía funcionar.

El Evangelio de San Marcos informa lo siguiente: “Había sufrido mucho con varios médicos” (versículo 26). Aquellos que se suponía que la ayudarían solo le hacían más daño. Ella “*había sufrido mucho con varios médicos*”. La cura que ofrecían solo había empeorado su situación. Había gastado todos sus ahorros reunidos con esfuerzo en las supuestas curas de esos charlatanes.

No solo estaba desesperada, sino también desprovista de toda esperanza; no solo desanimada, sino en total angustia. La oscuridad envolvía su vida. Había gastado el dinero en los médicos, que solo empeoraban su situación.

Sin embargo, encontró a Jesús, el Médico de los médicos. Una gran multitud rodeaba al Salvador. Mientras avanzaba lentamente por el camino estrecho y rocoso, cientos de personas lo cercaban y apretujaban. La pobre mujer intentó a toda costa acercarse lo suficiente como para recibir sanación. Jesús había hecho milagros por otras personas. ¿Lo haría por ella también? El Evangelio de San Marcos revela su desesperación en las siguientes palabras: “Si tan solo tocara su túnica, quedaré sana” (versículo 28).

Como médico, Lucas destaca la terrible condición de salud de esa mujer. En el capítulo 8, versículo 43, de su Evangelio, dice: “Sin que nadie pudiera sanarla” (NVI). No se pudo encontrar terapia para ella. Nada de lo que había intentado funcionaba. Jesús era su última y única esperanza de ayuda. Si él no podía ayudarla, estaría condenada a una vida de dolor constante y enfermedad continua. Se abrió paso entre la multitud, creyendo que, si solo tocaba el borde del manto de Cristo, se curaría.

Después de mucho intentarlo, ella pudo alcanzar y tocar rápidamente el borde de la túnica de Jesús. En ese toque, concentró todas sus esperanzas. Y Jesús se dio cuenta de eso. El poder curativo fluyó hacia el cuerpo de esa mujer. La enfermedad se fue. Ella se sanó milagrosamente.

Entonces, Jesús le hizo una declaración notable: “Hija, tu fe te ha sanado. Ve en paz” (versículo 48). Ella no era solo una cara sin

nombre en la multitud. No era una mera estadística humana. Jesús la llama hija. Y la alienta con las palabras: “Tu fe te ha sanado. Ve en paz” (versículo 48).

La palabra “sanar” se usa más de cien veces en el Nuevo Testamento y, en la mayoría de los casos, se traduce como “salvación”. Jesús declaró que esa mujer estaba llena nuevamente. La fe que ella demostró se apropió de la realidad de la divinidad de Cristo. Él, en su amorosa misericordia, extendió la gracia a esa mujer desesperada y desprovista de esperanza, y la hizo recuperar su salud. Ella fue sanada física, mental, emocional y espiritualmente. Esta es la obra de Jesús. Nuestra salud total es importante para Jesús, porque somos importantes para él. Cristo quiere que tengamos la vida más plena posible en este mundo de enfermedad, sufrimiento y muerte.

Restauración: el objetivo de la vida de Jesús

La meta de Jesús es restaurar su imagen en la humanidad, a través del evangelio. Esta restauración incluye nuestra curación física, mental, emocional y espiritual. En San Juan 10:10, Jesús reveló su plan para cada uno de nosotros: “El propósito del ladrón es robar y matar y destruir; mi propósito es darles una vida plena y abundante”. El diablo quiere destruir nuestra salud, mientras que Jesús quiere restaurarla. El diablo quiere desanimarnos; Jesús quiere animarnos. El diablo quiere destruirnos; Jesús quiere edificarnos. El diablo quiere que nos enfermemos; Jesús quiere nuestra salud. Jesús está interesado en nuestra vida como un todo. Él anhela que estemos físicamente saludables, mentalmente despiertos y espiritualmente bien.

El apóstol Pablo destaca la necesidad de que la santidad involucre toda nuestra vida: “Ahora, que el Dios de paz los haga santos en todos los aspectos, y que todo su espíritu, alma y cuerpo se mantenga sin culpa hasta que nuestro Señor Jesucristo vuelva” (1 Tesalonicenses 5:23). Jesús anhela que cada aspecto de nuestra naturaleza sea santificado por el poder de su Espíritu. El apóstol Pablo enfatiza este pensamiento una vez más en la Epístola a los Romanos: “Con los ojos bien abiertos a las misericordias de Dios, les ruego, mis hermanos, como un acto de *adoración inteligente*, que le entreguen su *cuerpo* como un sacrificio vivo, consagrado a él y aceptable por él. No dejen que el

mundo a su alrededor los conforme a su propio molde, sino dejen que Dios modifique su *mente* desde adentro, para que puedan comprobar en la práctica que el plan de Dios para ustedes es bueno, cumple con todas sus demandas y avanza hacia el objetivo de la verdadera madurez” (Romanos 12:1, 2, traducción libre de la versión Phillips; énfasis añadido).

¿Notas el énfasis del apóstol en la persona como un todo? Él habla de nuestra adoración, de nuestro cuerpo y de nuestra mente. Cuidar el cuerpo es un acto de adoración inteligente. A fin de cuentas, fuimos creados por Dios y, al cuidar el cuerpo, lo honramos como nuestro Creador.

En la Creación, Dios rodeó a Adán y a Eva con todos los elementos necesarios para que tuviesen una salud óptima. Las vertientes transparentes y las fuentes caudalosas les proporcionaban agua pura. Las frutas, las nueces, los granos, los vegetales y las verduras crecían abundantemente. La comida natural que Dios ofrecía estaba llena de nutrientes completos. Mientras nuestros primeros padres se ejercitaban expuestos al sol y al aire fresco, sus cuerpos mantenían la salud con la que Dios los había creado. Por la noche, caía un refrescante rocío y, cada día, descansaban en el amor y el cuidado de Dios. En el séptimo día, el sábado, experimentaban una confianza más profunda en el Creador al adorarlo en el día especial que había reservado para la adoración.

Nuestros primeros padres vivían en un mundo libre de estrés, ansiedad y enfermedad. La paz y la felicidad iban de la mano. Sus corazones desbordaban de amor por Dios y por los demás. Dios tiene la intención de que descubramos los principios del Edén para guiar nuestra vida hoy. La Creación no fue un mero acto de Dios realizado hace milenios. Fue un modelo de cómo debemos vivir. El Señor no solo está interesado en nuestra decisión en el ámbito espiritual. También está interesado en nuestra salud física y emocional. Existe una relación íntima entre nuestro bienestar físico y el espiritual. El apóstol Juan expresa esta realidad sucintamente: “Querido hermano, oro para que te vaya bien en todos tus asuntos y goces de buena salud, así como prosperas espiritualmente” (3 S. Juan 2, NVI).

La ciencia confirma que somos una unidad indivisible

En los últimos años, ha habido un retorno significativo al concepto del cuidado de la persona de manera integral. Desde 1948, la Organización Mundial de la Salud ha definido el término “salud” como un estado de completo bienestar físico, mental y social. Muchas personas también reconocen la necesidad de salud espiritual. Se han publicado miles de estudios sobre el impacto de la religión en la salud. Un conjunto creciente de evidencias científicas confirma la precisión de las enseñanzas bíblicas sobre la salud. Las enfermedades degenerativas resultantes de los hábitos de vida negativos van en aumento. Los problemas cardiovasculares, los accidentes cerebrovasculares y el cáncer están entre los primeros lugares de la lista de enfermedades letales que se cobran la vida de las personas prematuramente. ¿Qué indica la mayoría de las investigaciones científicas? ¿Hacia dónde apuntan los hallazgos? Hay tres áreas específicas en las que la fe puede marcar una diferencia radical en tu salud.

1. La fe lleva a las personas a tomar mejores decisiones en el ámbito de la salud. Los cristianos comprometidos con la fe no fuman, no beben alcohol ni consumen drogas dañinas. En general, estas personas realizan más ejercicio físico, comen más saludablemente y se preocupan por descansar bien. Cuando la persona cree que Dios la creó y que su cuerpo es templo del Espíritu Santo, sus decisiones en el ámbito de la salud son más positivas. Se rige por las palabras del apóstol Pablo en 1 Corintios 10:31: “Así que, sea que coman o beban o cualquier otra cosa que hagan, háganlo todo para la gloria de Dios”. Las personas de fe son más conscientes de su salud y eligen llevar vidas más saludables.

Tal vez te preguntes cuál podría ser ese estilo de vida y cómo puedes mejorar el tuyo. La Universidad de Harvard recientemente realizó un estudio a gran escala para descubrir qué hábitos de salud llevan a las personas a vivir más tiempo. Y descubrieron lo siguiente: ¡mantener cinco hábitos de salud puede agregar hasta diez años a la vida! Estos son los hábitos simples que aumentarán tu expectativa de vida: alimentación saludable, ejercicio regular, mantener un peso corporal saludable, no abusar del alcohol y no fumar. Mantener estos hábitos en la edad adulta puede agregar más de una década a la expectativa de

vida.¹ Analicemos estos pilares de la buena salud con un poco más de atención.

a) *Cultiva una dieta saludable*: La nutrición es vital como estrategia de prevención de enfermedades y como herramienta de sanación. Las frutas, las verduras, las legumbres y los granos enteros reducen la inflamación y mejoran la función circulatoria. Las plantas están llenas de fitoquímicos protectores que promueven la salud y neutralizan el estrés oxidativo de las infecciones y otras enfermedades. Disminuyen la inflamación de los pulmones y aumentan la salud de la red de vasos sanguíneos, lo que asegura el suministro de sangre necesario. En contraste, las proteínas de origen animal contienen sustancias inflamatorias que debilitan el sistema inmunológico del cuerpo.

También es muy bueno que el plato esté lleno de alimentos de varios colores, lo que asegura la presencia de todos los nutrientes necesarios tanto para la prevención como para la recuperación. Además, evita el azúcar, ya que perjudica el funcionamiento de los glóbulos blancos, que desempeñan un papel vital en la lucha contra las sustancias invasivas.

b) *Bebe mucha agua*: El agua protege al cuerpo de la deshidratación, al permitir que cada célula funcione y luche a su máximo nivel de rendimiento. Es un elemento fundamental para el desarrollo de nuestro sistema inmune. ¡Toma mucha agua! ¿Cuánta? Al menos ocho vasos al día. Otra forma de controlar tu consumo es beber lo suficiente como para que la orina se vea transparente.

c) *Respira aire puro y haz ejercicio*: El ejercicio físico también es muy importante. Se recomienda, siempre que sea posible, que se realice al aire libre. Los que caminan enérgicamente al menos cinco veces a la semana durante un mínimo de treinta minutos tienen mejor salud y viven más que los que no hacen ejercicio. El ejercicio es extremadamente útil para prevenir enfermedades. Si vives en una gran ciudad, busca un parque que tenga árboles y arbustos. No es saludable respirar el aire contaminado que expulsan los vehículos de las calles congestionadas de nuestros centros urbanos. Los árboles y las plantas están llenos de vida y tienen propiedades que mejoran la salud. Trata de exponerte a la luz solar, que es una fuente natural de vitamina D. Las cantidades

1 Todd Datz, "Following five healthy lifestyle habits may increase life expectancy by decade or more", disponible en <<https://www.hsph.harvard.edu/news/press-releases/five-healthy-lifestyle-habits/>>, consultado el 29 de mayo de 2020.

moderadas de luz solar son buenas y aumentan la inmunidad. Estos beneficios se pueden lograr con solo quince minutos de exposición diaria.

d) Descansa lo suficiente: Uno de los principios dados por Dios para la buena salud es el descanso. Cuando estamos enfermos, nuestro cuerpo se recupera mejor si hay descanso. Incluso después de pensar que estás curado, es mejor ser cauteloso y descansar unos días más. El descanso es una parte importante de cualquier buen plan para una vida saludable. De hecho, es por eso que Dios nos dio el sábado todas las semanas. Este día especial es una fuente de descanso de todas las fuentes de estrés de la vida.

e) Evita el tabaco, el alcohol, las drogas nocivas y los estimulantes: El mal hábito de fumar está relacionado con cientos de miles de muertes por año. Es un factor de riesgo importante para enfermedades cardíacas, cáncer de pulmón, diabetes tipo 2 y otras enfermedades del estilo de vida. Debilita el sistema inmunitario, causa periodontitis, aumenta el riesgo de infertilidad y es una de las causas de embolia.

El alcohol es una causa importante de muerte prematura. Provoca algunos tipos de cáncer, enfermedades cardíacas y daño hepático. Como el tabaco, es peligrosamente adictivo. El exceso de alcohol conduce a la depresión y a varias tragedias prevenibles, como accidentes automovilísticos y otros. Según una clasificación hecha en el Reino Unido, el alcohol es la droga más peligrosa del mundo.² De hecho, no hay un nivel seguro de consumo de alcohol.

Uno de los mayores problemas con el alcohol es que afecta el lóbulo frontal del cerebro, donde se encuentra la conciencia, el razonamiento y el juicio. Esto dificulta el proceso de toma de decisiones. El Espíritu Santo se comunica con nuestro lóbulo frontal, guiándonos a tomar decisiones positivas sobre el estilo de vida, para que podamos comprender más plenamente la Palabra de Dios y seguir su verdad más plenamente. El alcohol perjudica este proceso y nos hace menos sensibles a la voluntad revelada del Señor.

Aunque es posible que no podamos evitar enfermarnos, podemos preparar de la mejor manera nuestro sistema inmunitario para combatir enfermedades. Somos capaces de fortalecer nuestro sistema inmunológico para que luche contra las enfermedades.

² David J. Nutt, Leslie A. King y Lawrence D. Phillips, "Drug Harms in the UK: A Multicriteria Decision Analysis", *The Lancet*, v. 376, N° 9.752 (noviembre de 2010), pp. 1.558-1.565.

2. La fe también lleva a las personas a ser más optimistas y positivas. Esta actitud positiva también ayuda a reducir el estrés y la hipertensión. Se vuelven más pacíficas y tienen una disposición más tranquila. El boletín médico de la Universidad de Rochester informa:

Se estudió la idea de que el optimismo conduce a una mejor salud. Los investigadores revisaron los resultados de más de ochenta estudios en busca de hallazgos comunes. Llegaron a la conclusión de que el optimismo tiene un impacto considerable en la salud física. El estudio examinó la longevidad general, la supervivencia después de la enfermedad, la salud del corazón, la inmunidad, el resultado del tratamiento del cáncer, el éxito del embarazo, la tolerancia al dolor y otros temas relacionados con la salud. Todo indica que las personas con una perspectiva más optimista obtuvieron mejores resultados que los pesimistas. La lección es que tener una actitud positiva puede mejorar tu salud física, independientemente de la enfermedad que estés padeciendo.³

La fe lleva a una profunda confianza en Dios. La confianza en Dios conduce a una perspectiva más optimista y positiva de la vida, porque sabes que él se preocupa por ti y siempre está buscando lo mejor para ti. Esta conciencia de la presencia de Dios en tu vida promueve la salud física y emocional.

3. La fe lleva a las personas a asistir más a la iglesia. Por lo tanto, tienen una mayor red de apoyo y un sentido de comunidad que contribuye a una sensación más intensa de bienestar.

Los estudios han demostrado que los fieles religiosos tienen un riesgo de muerte significativamente menor en comparación con aquellos que nunca asisten a la iglesia o que asisten con menos frecuencia, incluso si se ajustan variables como la edad, el comportamiento de salud y otros factores de riesgo.⁴

³ Beth Holloway y Gail Nelson, "Can Optimism Make a Difference in Your Life?", Universidad de Rochester, *Health Encyclopedia*, disponible en <<https://www.urmc.rochester.edu/encyclopedia/content.aspx?contentTypeid=1&contentid=4511>>, consultado el 29 de mayo de 2020.

⁴ Ver, por ejemplo, R. F. Gillum, Dana E. King, Thomas O. Obisesan y Harold G. Koenig, "Frequency of Attendance at Religious Services and Mortality in a U.S. National Cohort", *Annals of Epidemiology*, v. 18, N° 2 (febrero de 2018), pp. 124-129, disponible en <<https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC2659561/>>, consultado el 29 de mayo de 2020.

La Palabra de Dios refuerza la información presentada en estas encuestas. En Hebreos 10:23 al 25, la Biblia comparte este beneficio positivo de ir a la iglesia: “Mantengámonos firmes sin titubear en la esperanza que afirmamos, porque se puede confiar en que Dios cumplirá su promesa. Pensemos en maneras de motivarnos unos a otros a realizar actos de amor y buenas acciones. Y no dejemos de congregarnos, como lo hacen algunos, sino animémonos unos a otros, sobre todo ahora que el día de su regreso se acerca”.

Analiza brevemente este consejo divino y luego compáralo con la investigación mencionada anteriormente. Una comunidad de fe nos permite asumir relaciones altruistas con las personas. Esta actitud de consideración mutua es saludable tanto para quienes comparten su vida como para quienes reciben un intercambio desinteresado. Encontrarnos para adorar, estudiar la Palabra de Dios y orar juntos nos brinda la oportunidad de motivarnos unos a otros y de elevarnos.

¿Cómo hacer cambios positivos?

Tal vez te preguntes: “¿Cómo puedo hacer cambios positivos en mi vida? ¿Dónde puedo encontrar la fuerza para adoptar las buenas prácticas de salud? Lo he intentado y he fracasado en el pasado”. El secreto para cambiar es unir nuestra débil voluntad a la fuerza todopoderosa de Cristo. Podemos ser débiles, pero él es fuerte. Podemos ser frágiles, pero él tiene un poder infinito. Solos no podemos, pero en él podemos hacer todo. Y todo comienza con nuestra decisión personal. Mientras más excusas tenemos para nuestro comportamiento, más barreras creamos para el éxito.

Muchos, después de experimentar algunos reveses y fracasos, se rinden emocionalmente y dejan de intentarlo. Creen que, debido a que han fallado previamente, nunca tendrán éxito. En otras palabras, continúan viendo una barrera en su mente, incluso si no existe.

Al elegir cambiar, Cristo inmediatamente viene al rescate para romper las barreras y darnos la fuerza que necesitamos. Las excusas nos impiden recibir su poder. A veces, construimos barreras dentro de nuestra mente. Pensamos en todas las razones que hacen que el cambio sea tan difícil.

Vemos las imposibilidades, pero el Señor es un Dios de posibilidades. Él es el Dios capaz de abrir camino cuando no vemos la salida. Es el Dios

de lo imposible, quien hace posible lo imposible. El apóstol Pablo expresa la siguiente oración en Efesios 3:20 y 21: “Y ahora, que toda la gloria sea para Dios, quien puede lograr mucho más de lo que pudiéramos pedir o incluso imaginar mediante su gran poder, que actúa en nosotros. ¡Gloria a él en la iglesia y en Cristo Jesús por todas las generaciones desde hoy y para siempre! Amén”. ¿Qué es capaz de hacer Dios? “Mucho más de lo que pudiéramos pedir o incluso imaginar”.

Quizá no entendamos cómo ocurre el cambio, pero hay algo que sí sabemos: Dios puede. Quizá no parezca posible, lógico o probable, pero Dios puede.

Cuando decidimos vivir en armonía con las leyes del Creador y darle gloria a él con nuestro estilo de vida, se nos da poder desde lo Alto para llevar a cabo nuestra voluntad. Nuestro Creador crea dentro de nosotros la nueva vida que elegimos vivir cuando nos comprometemos con él.



Descarga la aplicación "Encuentra una iglesia", disponible para iOS y Android.



Para saber más sobre el tema de este capítulo, accede a este Código QR o al enlace: adv.st/esperanza-5



¿Quieres saber más sobre otros temas? Accede ahora: adv.st/quieroesperanza

6

El día después

A medida que el mundo avanza frenéticamente a través del siglo XXI, ¿alguna vez te has detenido a pensar cuál es nuestra mayor necesidad? ¿Qué necesitan más los hombres y las mujeres que viven en este siglo? En todo el planeta, la gente busca esperanza en forma desesperada. El teólogo Emil Brunner lo ha dicho muy bien: “La esperanza para el espíritu humano es lo que el oxígeno representa para los pulmones.”¹

¿Qué es la esperanza? ¿Cómo definirla? La esperanza es una cualidad intangible que nos permite ver más allá de las dificultades de la vida, imaginando un mañana mejor. Conduce a una vida útil hoy, porque sabemos que se acerca un nuevo día. Espera lo mejor de la vida, incluso cuando nos enfrentamos a lo peor. Ve más allá de lo que es, contemplando lo que será. ¡Continúa creyendo, confiando, anticipando y esperando que la luz del mañana brille y disipe la oscuridad!

El escritor romano Plinio el Viejo declaró: “La esperanza es el pilar que sostiene al mundo.”² ¿Tenía razón? Sin esperanza, el mundo está condenado al desastre. Sin esperanza, las bases de la sociedad se encaminan al colapso. Sin esperanza, vivimos en la desesperación.

Hace poco leí una historia que se publicó en julio de 1991 en un librito motivacional llamado *Bits and Pieces* [Trocitos y fragmentos]. La experiencia de un niño que fue hospitalizado después de sufrir quemaduras graves ilustra el poder de la esperanza. El sistema educativo de una gran ciudad había desarrollado un programa para ayudar a los niños a continuar su educación si necesitaban pasar mucho tiempo en el

¹ Emil Brunner, disponible en <<https://www.quotes.net/quote/11359>>, consultado el 1º de junio de 2020.

² Plinio el Viejo, disponible en <https://www.brainyquote.com/quotes/pliny_the_elder_134956>, consultado el 1º de junio de 2020.

hospital. Una de las maestras de educación especial que participaba en el programa recibió una llamada de rutina en la que se le pedía que visitara al niño. Ella escribió el nombre del niño y el número de habitación. También habló brevemente con el maestro regular del niño.

–Estamos estudiando sustantivos y adverbios con la clase ahora. Así que, te agradeceré si puedes ayudarlo a comprender estos temas gramaticales, para que no se atrase mucho.

La maestra del programa del hospital fue a ver al niño esa tarde. Nadie le dijo que el niño había sufrido quemaduras graves y tenía un dolor agudo. Desconcertada por verlo, tartamudeó cuando dijo:

–Tu escuela me envió para ayudarte a aprender sobre sustantivos y adverbios.

Cuando se fue, sintió que no había logrado mucho. Al día siguiente, una enfermera le preguntó:

–¿Qué hiciste con ese chico?

La maestra pensó que había hecho algo mal y comenzó a disculparse.

–No, no –dijo la enfermera–. Creo que no entendiste lo que quise decir. Estábamos preocupados por ese niño, pero desde ayer, su actitud ha cambiado. Está luchando por la vida, reaccionando al tratamiento. Es como si hubiera decidido sobrevivir.

Dos semanas después, el niño explicó que había perdido toda esperanza hasta la visita de la maestra. Pero todo cambió con una simple observación. Lo expresó de esta manera: “No enviarían a una maestra para enseñarle sustantivos y adverbios a un niño que está por morir, ¿verdad?” Todo lo que necesitaba ese niño gravemente quemado, por sobre cualquier otra cosa, era esperanza. La esperanza nos motiva poderosamente. Pinta el futuro con colores brillantes, no con sombras oscuras.

Redescubre la esperanza

En un mundo que parece estar fuera de control, ¿cómo podemos redescubrir la esperanza? En un mundo que parece tan incierto, ¿cómo podemos recuperar la esperanza? En un mundo devastado por tsunamis, terremotos, tornados, huracanes, plagas y pandemias, ¿hay algo en lo que podamos basar nuestra esperanza?

La reciente pandemia de coronavirus ha tenido consecuencias catastróficas. Se infectó gente de todo el mundo. Decenas de miles murieron.

La economía mundial se vio sacudida. Las tasas de desempleo se dispararon. Nuestra vida ha cambiado para siempre. ¿Dónde podemos encontrar esperanza? ¿Cómo podemos ver más allá de nuestras pruebas actuales y vislumbrar un futuro más brillante?

Millones encuentran esperanza, consuelo y paz en el conocimiento y la relación personal con Dios a través del estudio de su Palabra. Descubrieron a un Dios que los ama más de lo que podrían imaginar y que los fortalece frente a los desafíos actuales y las pruebas del mañana con un coraje extraordinario. Él es el Dios de la esperanza.

En un momento de desesperación, el salmista David declaró: “Oh Señor, solo tú eres mi esperanza; en ti he confiado” (Salmo 71:5). La esperanza comenzó para David en el mismo lugar donde comienza para todos nosotros. Comenzó con la creencia de que hay un Dios en el cielo mayor que tus problemas, mayor que tus dificultades y mayor que cualquier desafío que puedas enfrentar. Si no conocemos al Dios que se preocupa por nosotros, que comprende nuestro dolor, que cura nuestras heridas y, un día, vencerá a todos los poderes del infierno, nos quedamos sin esperanza de enfrentar los desafíos de la vida solos. Es este reconocimiento de la presencia de Dios, de su amor incondicional y su cuidado constante lo que llena de esperanza nuestro corazón.

La Biblia: el libro de la esperanza

La Biblia es un libro que rebosa de esperanza. Sus relatos hablan de personas como tú y yo. A veces eran fuertes y realizaban hazañas poderosas para Dios. En otras ocasiones, eran débiles y fracasaban miserablemente. No obstante, en todos estos casos, Dios estaba presente para darles la esperanza de enfrentar el mañana. La palabra “esperanza” se usa más de 125 veces en la Biblia. El apóstol Pablo, quien pasó por muchas situaciones desafiantes, la usó más de 40 veces. Fue golpeado, apedreado, arrestado y sufrió naufragios. Aun así, vivió lleno de esperanza. Cuando les escribió a sus amigos que vivían en Roma, declaró: “Le pido a Dios, fuente de esperanza, que los llene completamente de alegría y paz, porque confían en él. Entonces rebosarán de una esperanza segura mediante el poder del Espíritu Santo” (Romanos 15:13).

Al poner nuestra esperanza en Dios, quien es más grande que cualquier problema, nuestro corazón desborda de “alegría y paz”, porque

confía en él. La certeza de que hay un Dios que nos ama más allá de lo que podemos entender nos llena de esperanza. No hay ninguna circunstancia que enfrentemos en la vida para la que Dios no esté preparado.

La esperanza no decepciona

En Cristo hay esperanza. No hay mayor desafío que la esperanza en Dios. El Cristo que nos creó y se preocupa por nosotros fue más allá y nos redimió. Somos suyos por partida doble. Cuando los seres perfectos que creó se rebelaron contra su voluntad en el Jardín del Edén, el amor encontró una salida. Hay esperanza para la raza de Adán. Jesús es el “Cordero que fue sacrificado antes de la creación del mundo” (Apocalipsis 13:8).

El plan divino de salvación se hizo eco en todo el Universo. El Hijo de Dios, Jesucristo, dejó el cielo y vino a este planeta rebelde para revelar el amor de Dios por los innumerables mundos y satisfacer la demanda de justicia. En el punto donde Adán falló, Jesús tuvo éxito. En su vida y su muerte, reveló el amor del Padre, cumplió las exigencias de la Ley y resistió las tentaciones más terribles de Satanás. Llevó la vida perfecta que deberíamos haber vivido y sufrió la muerte que merecíamos. Sabemos que “la paga que deja el pecado es la muerte, pero el regalo que Dios da es la vida eterna por medio de Cristo Jesús nuestro Señor” (Romanos 6:23).

La gracia, el perdón y la misericordia fluyen de su corazón de amor infinito. Hay esperanza en Cristo. En él, estamos convencidos de que nuestros pecados no son demasiado grandes para ser perdonados. Tenemos la esperanza de que nuestras tentaciones no sean demasiado grandes para ser vencidas, la esperanza de que nuestros desafíos no sean demasiado grandes como para ser superados y la esperanza de que nuestro mañana será mucho mejor que el hoy.

Cristo nos ofrece mucho más que la garantía de estar con nosotros hoy. La esperanza que Cristo ofrece avizora más allá de este mundo y mira hacia el futuro. Es la esperanza de su pronto regreso. Jesús vino una vez para revelar el amor del Padre y para conquistar el derecho legal de redimirnos. Y vendrá por segunda vez a buscar a aquellos que compró con su sacrificio.

Esta es la esperanza que transforma nuestra vida. Un día seremos liberados de este campo de concentración de pecado y sufrimiento.

Exclamaremos: “¡Ha llegado! ¡Ha llegado!” La Biblia está llena de la mejor de todas las esperanzas: la esperanza del regreso de nuestro Señor. En más de 1.500 ocasiones, la Biblia habla sobre el regreso de Cristo. Se enfatiza en 1 de cada 25 versículos del Nuevo Testamento.

Por cada profecía acerca de la primera venida de Cristo en el Antiguo Testamento, hay ocho que destacan la segunda venida de Cristo o su regreso en gloria. Estos son algunos ejemplos de las esperanzadoras promesas encontradas en toda la Biblia acerca del pronto regreso de Cristo.

Predicciones bíblicas del regreso de Jesús

La primera predicción del regreso de Cristo a este mundo fue hecha por Enoc. No hay ningún libro de Enoc en la Biblia, pero el breve libro de San Judas, ubicado justo antes de Apocalipsis, en el Nuevo Testamento, cita a este patriarca. Enoc vivió justo antes del gran diluvio universal. Dios llevó en vida a este hombre al cielo. Enoc es un anticipo de los que ascenderán al cielo cuando Jesús regrese. Él profetizó: “¡Escuchen! El Señor viene con incontables millares de sus santos” (S. Judas 14).

Más de tres mil años antes de la primera venida de Jesús, Enoc predijo que el Mesías no vendría solo como Siervo sufriente para morir por nuestros pecados, sino también como Rey conquistador que nos libraría de este mundo pecaminoso y eliminará todo mal.

El profeta Isaías nos anima a todos a tener esperanza. Se acerca el día en que Cristo regresará, y las fuerzas del mal, que han causado tantos desastres en nuestro mundo, serán vencidas para siempre. En Isaías 35, el profeta declara: “Digan a los de corazón temeroso: ‘Sean fuertes y no teman, porque su Dios viene para destruir a sus enemigos; viene para salvarlos’” (versículo 4). Los profetas de la Biblia vivieron con esperanza, no con desesperación. Vieron más allá de los desafíos, las pruebas y las dificultades que enfrentaron en la vida, imaginando un nuevo mañana. Con iluminación profética y visión divina, entraron en el futuro. Tenían absoluta confianza en que Cristo volverá y que el pecado, el sufrimiento, el dolor, el arrepentimiento, la enfermedad y la muerte ya no existirán.

La promesa del mismo Jesús

Justo antes de ascender al cielo, Jesús le aseguró a sus seguidores: “Volveré”. El hecho de que Jesús venga al mundo por segunda vez es una

realidad tan cierta como su primera venida hace dos mil años. La promesa del regreso de Cristo resuena con consuelo. El Salvador alentó a sus discípulos con la promesa: “No dejen que el corazón se les llene de angustia; confíen en Dios y confíen también en mí. En el hogar de mi Padre, hay lugar más que suficiente. Si no fuera así, ¿acaso les habría dicho que voy a prepararles un lugar? Cuando todo esté listo, volveré para llevarlos, para que siempre estén conmigo donde yo estoy” (S. Juan 14:1-3).

Las palabras consoladoras de Cristo son como un pagaré: Jesús afirmó que volverá. ¡Podemos estar seguros de eso! La segunda venida de Jesús no se basa en especulaciones vanas ni en deseos improbables o filosofías humanas. Se basa en las inmutables, confiables y seguras promesas de la Palabra de Dios. La segunda venida de Cristo revela la tremenda verdad de que toda la historia avanza hacia el mismo clímax glorioso. Tenemos un destino final. Encontraremos a aquel que tiene la respuesta definitiva a todos los problemas. Sin esa convicción, hay pocas razones para vivir.

Las palabras de Jesús resuenan a través de los siglos: “No dejen que el corazón se les llene de angustia”. Es como si él dijera: “Deja de preocuparte. No hay necesidad de estar ansioso. Aférrate a mi promesa. Confía en mi palabra”. “Confíen en Dios y confíen también en mí. [...] Voy a prepararles un lugar. Cuando todo esté listo, volveré para llevarlos”. La promesa del pronto regreso de Cristo anima el corazón y nos motiva. Trae consuelo a nuestros días e ilumina las noches. Hace que cada montaña sea más fácil de escalar.

En medio del gran conflicto entre el bien y el mal en el Universo, Jesús nos da la certeza de que, por su gracia y debido a su muerte en la Cruz, podremos vivir para siempre con él.

Los apóstoles nunca perdieron la esperanza

Reflexiona en la muerte de los apóstoles. Se cree que cada uno de ellos sufrió la muerte como mártir, a excepción de Juan. La Biblia revela que, a pesar de esto, nunca perdieron la esperanza en el regreso de Jesús.

El apóstol Pedro fue crucificado boca abajo, probablemente en el año 66 d.C., por orden del sanguinario Nerón. El apóstol murió con una esperanza viva. Estas son sus palabras: “Pero nosotros esperamos con entusiasmo los cielos nuevos y la tierra nueva que él prometió, un mundo lleno de la justicia de Dios” (2 S. Pedro 3:13).

El apóstol Pablo pasó años en un húmedo calabozo romano. Después, probablemente fue decapitado alrededor de la misma época en que Pedro sufría el martirio, durante el gobierno de Nerón, en el año 66 d.C. Sin embargo, lleno de esperanza y certeza, miró más allá de lo que era, vislumbrando lo que será. Creía que Cristo había conquistado la tumba y que, un día, regresaría, como había prometido, para liberarlo de las garras de la muerte.

Este valiente discípulo de Cristo se aferró a las promesas de la Palabra de Dios. Confiaba en que “el Señor mismo descenderá del cielo con un grito de mando, con voz de arcángel y con el llamado de trompeta de Dios. Primero, los creyentes que hayan muerto se levantarán de sus tumbas. Luego, junto con ellos, nosotros, los que aún sigamos vivos sobre la tierra, seremos arrebatados en las nubes para encontrarnos con el Señor en el aire. Entonces estaremos con el Señor para siempre” (1 Tesalonicenses 4:16, 17). El apóstol Pablo no murió derrotado ni abatido. La promesa del regreso de Cristo llenaba su corazón.

Piensa en el apóstol Juan: fue quemado en un caldero de aceite hirviendo, sobrevivió y, ya anciano, con más de noventa años, fue exiliado por el emperador Domiciano a la isla de Patmos. Durante el exilio en esa isla solitaria, Jesucristo le dio a Juan una visión de su regreso. Escribió sobre esta visión en el último libro de la Biblia, el Apocalipsis.

Las palabras de San Juan rebosan de esperanza: “¡Miren! Él viene en las nubes del cielo. Y todos lo verán, incluso aquellos que lo traspasaron. Y todas las naciones del mundo se lamentarán por él. ¡Sí! ¡Amén!” (Apocalipsis 1:7).

El regreso de Jesús, por lo tanto, no será un acontecimiento secreto. Todos los ojos verán a Jesús cuando regrese: los ojos de los jóvenes y los de los ancianos; los ojos de los estudiosos y los de los no instruidos; los ojos de los ricos y los de los pobres. Personas de todas las culturas, nacionalidades, idiomas, grupos y países lo verán regresar.

Tanto el primero como el último capítulo de Apocalipsis se hacen eco de la certeza del regreso de Cristo. En la última página de la Biblia, Jesús promete: “Miren, yo vengo pronto, y traigo la recompensa conmigo para pagarle a cada uno según lo que haya hecho” (Apocalipsis 22:12).

Los discípulos de Jesús fueron fieles en medio de circunstancias extraordinariamente desafiantes. Estaban llenos de una paz interior “que supera todo lo que podemos entender” (Filipenses 4:7). Se aferraron a la Palabra de Cristo. Creían en la promesa de Jesús: “¡Volveré!” El mensaje de los ángeles durante la ascensión de Cristo se hizo eco en sus oídos. “Habiendo dicho esto, mientras ellos lo miraban, fue llevado a las alturas hasta que una nube lo ocultó de su vista. Ellos se quedaron mirando fijamente al cielo mientras él se alejaba. De repente, se les acercaron dos hombres vestidos de blanco, que les dijeron: ‘Galileos, ¿qué hacen aquí mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido llevado de entre ustedes al cielo, vendrá otra vez de la misma manera que lo han visto irse’ ” (Hechos 1:9-11).

No pierdas de vista el hecho de que, en esa ocasión, los ángeles, los mensajeros de Dios, confirmaron la promesa de Cristo y testificaron que se cumplirá literalmente: “Este mismo Jesús” no era un espíritu fantasmal, sino que tenía “carne” y “huesos”, para usar las propias palabras de Jesús (S. Lucas 24:39). Él “vendrá otra vez de la misma manera que lo han visto irse” al cielo. La ascensión de Jesús fue un evento real y literal. Su regreso, una vez más, será un acontecimiento absolutamente real y literal. Pronto vendrá para llevarnos a casa.

Cada desafío que enfrentas y cada dificultad que experimentas pronto terminará. Aférrate a la promesa del pronto regreso de Jesús, deja que tu corazón se eleve con esperanza y que la paz inunde tu alma. La Biblia revela que hay esperanza para el mañana. Tenemos una tremenda esperanza que vibra en nuestro ser: la esperanza del regreso de nuestro Señor. Y esa esperanza es suficiente para ayudarnos a superar todos los desafíos de la vida.

“Y entonces, por fin, aparecerá en los cielos la señal de que el Hijo del Hombre viene, y habrá un profundo lamento entre todos los pueblos de la tierra. Verán al Hijo del Hombre venir en las nubes del cielo con poder y gran gloria. Enviará a sus ángeles con un potente toque de trompeta y reunirán a los elegidos de todas partes del mundo, desde los extremos más lejanos de la tierra y del cielo” (S. Mateo 24:30, 31).

La Biblia siempre señala hacia un mañana mejor. Y anuncia la promesa de que un día Jesucristo regresará. El mal será destruido. La justicia reinará para siempre. El pecado, la enfermedad y el sufrimiento ya

no existirán. La enfermedad, los desastres y la muerte serán vencidos. El mal, la guerra y las preocupaciones desaparecerán. El apóstol Pablo llama a este glorioso evento “la bendita esperanza” (Tito 2:13, NVI).

¡Qué maravillosa esperanza! Jesús volverá. La muerte no tendrá la última palabra. La última palabra es de Cristo. Nuestros seres queridos que creyeron y vivieron para él se levantarán de la tumba para verlo cara a cara. Un día, muy pronto, se cumplirá la esperanza de todas las edades. Jesucristo regresará y nosotros, los que estemos vivos durante este acontecimiento espectacular y glorioso, seremos arrebatados para encontrarnos con él en el aire. Viajaremos con él en el viaje espacial más extraordinario, al lugar más increíble del Universo. Entonces, viviremos con él por la eternidad.

No tenemos que preocuparnos por el futuro. No es necesario dejar que el miedo se apodere del corazón y reprima nuestra alegría. Cristo nos creó. Cristo nos redimió. Cristo se preocupa por nosotros. Cristo nos sostiene. Y Cristo vendrá nuevamente para llevarnos a casa. ¡Esa es la razón para tener esperanza!



Para saber más sobre el tema de este capítulo, accede a este Código QR o al enlace: adv.st/esperanza-6



¿Quieres saber más sobre otros temas? Accede ahora: adv.st/quieroesperanza

7

Cómo conservar la salud financiera

Recién estamos comenzando a experimentar las consecuencias económicas a largo plazo de la COVID-19 en nuestra vida personal y familiar. Las consecuencias a corto plazo, con cientos de miles de muertes y millones de personas enfermas, ya son terribles, pero también hay importantes consecuencias adicionales que la sociedad ahora debe enfrentar.

El impacto económico de la pandemia está llegando a muchas familias con toda su fuerza. Muchos de los desempleados durante la crisis están volviendo al trabajo, pero continúan sufriendo las consecuencias de la pérdida de ingresos durante el período que pasaron fuera del mercado laboral y las deudas que contrajeron. El mercado de valores se desplomó durante la pandemia, y millones perdieron casi todo el dinero ahorrado durante toda su vida.

Toda la economía mundial está extremadamente sacudida, y nos preguntamos si la vida volverá a ser la misma. El escenario económico del futuro que se puede predecir es sombrío. Es posible que muchas empresas, obligadas a permanecer cerradas debido a la cuarentena, nunca se recuperen.

Muchos viven del salario mensual, con poca o ninguna reserva. Los resultados de la pandemia de la COVID-19 los pusieron en un dilema financiero. La tasa de desempleo de los Estados Unidos ha alcanzado niveles récord. La economía mundial está sintiendo fuertemente los efectos de la COVID-19. En Sudamérica, la disminución de los ingresos, el

desempleo desenfrenado y las crisis económicas, políticas e institucionales amenazan a toda la región, también como resultado de la pandemia.

¿Qué impacto tendrá todo esto en nuestras finanzas personales? ¿Cuál será el efecto en nuestra familia? ¿De qué manera afectará a nuestra salud mental este impacto que está recibiendo la sociedad? ¿Qué consecuencias a largo plazo puede sufrir nuestra salud física? Sobre todo, ¿qué podemos hacer para sobrevivir a las terribles consecuencias de la COVID-19 y otras pandemias, o cualquier catástrofe que nos esté atormentando?

Este no es el primer desastre que ha sacudido nuestro mundo y no será el último. ¿Cómo podemos permanecer fuertes en medio de estas epidemias mundiales y desastres naturales que afectan al planeta con una frecuencia cada vez mayor?

En este capítulo, nos centraremos en cuatro aspectos específicos de supervivencia: (1) cómo sobrevivir financieramente en tiempos de crisis; (2) cómo tu familia y, en particular, tus hijos pueden sobrevivir; (3) cómo sobrevivir físicamente; (4) cómo sobrevivir emocionalmente.

Cómo sobrevivir a una crisis financiera

La búsqueda de la felicidad en las cosas materiales nos lleva a recorrer un camino que no conduce a ninguna parte. El intento de llenar nuestra vida con bienes materiales solo nos deja vacíos. Hay más en la vida que solo ganar dinero.

Estamos tan ocupados comprando que no nos damos cuenta de los tornillos morales sueltos en nuestra sociedad. La base está resquebrajada. Es muy posible que estemos invirtiendo nuestro dinero en los lugares equivocados.

La Biblia presenta principios financieros eternos que tienen sentido. Revela secretos económicos que la mayoría del mundo desconoce. Nos anima a reevaluar nuestras prioridades y buscar lo que es eterno, en lugar de lo terrenal. La Palabra de Dios nos lleva a hacer inversiones que producirán rendimientos a largo plazo. A continuación, se presentan tres principios financieros descritos en la Biblia que te permitirán sobrevivir a cualquier crisis financiera.

Acepta la verdad eterna de que Dios es el Creador del mundo y el Dueño de todo lo que contiene el planeta.

David registra las palabras que Dios le dirigió en un momento de gran necesidad, en el Salmo 50. El Señor le recuerda que él es el Creador y tiene el control del mundo, con las siguientes palabras: “Pues todos los animales del bosque son míos, y soy dueño del ganado de mil colinas. Conozco a cada pájaro de las montañas, y todos los animales del campo me pertenecen. Si tuviera hambre, no te lo diría a ti, porque mío es el mundo entero y todo lo que hay en él” (Salmo 50:10-12).

David alaba a Dios por sus maravillas, cuando dice: “Oh Señor, ¡cuánta variedad de cosas has creado! Las hiciste todas con tu sabiduría; la tierra está repleta de tus criaturas. Allí está el océano, ancho e inmenso, rebosando de toda clase de vida, especies tanto grandes como pequeñas” (Salmo 104:24, 25).

El profeta Isaías agrega que el mundo pertenece a Dios no solo por haberlo creado, sino también porque lo redimió: “Pero ahora, oh Jacob, escucha al Señor, quien te creó. Oh Israel, el que te formó dice: ‘No tengas miedo, porque he pagado tu rescate; te he llamado por tu nombre; eres mío’ ” (Isaías 43:1).

Al crear este mundo, Dios se lo confió a Adán. El Señor otorgó el dominio al primer hombre sobre toda la Creación (ver Génesis 1:26). Al pecar, Adán renunció a su derecho a dirigir el planeta. Lucifer, el ángel caído, usurpó ese dominio y reclamó autoridad sobre la Tierra. La Biblia presenta a Lucifer como “príncipe de este mundo”, “el que gobierna este mundo” y “el líder de los poderes del mundo invisible” (ver S. Juan 12:31, NVI; 14:30; Efesios 2:2).

La vida sin pecado y la muerte sustitutoria de Cristo pagaron el precio total del rescate por nuestro pecado. En la Cruz, el destino de Satanás fue sellado y se garantizó la restauración del planeta Tierra (ver Efesios 1:14; 1 Corintios 6:19, 20; S. Juan 12:31, 32).

Dios es el verdadero Dueño del mundo, tanto por creación como por redención. Todo lo que tenemos es el regalo de su gracia. Somos mayor-domos de los bienes que Dios nos ha confiado. Nosotros pertenecemos a Cristo. Él nos creó y nos redimió. El mundo es suyo. El Señor creó todas las cosas. Además, para rescatarnos de la usurpación del enemigo, derramó su sangre en la Cruz.

Comprender el concepto de que Cristo nos creó y nos rescató marca toda la diferencia. Nada de lo que tenemos nos pertenece. Moisés nos

advierte: “Acuérdate del Señor tu Dios. Él es quien te da las fuerzas para obtener riquezas, a fin de cumplir el pacto que les confirmó a tus antepasados mediante un juramento” (Deuteronomio 8:18).

Los talentos que tenemos para ganar dinero provienen de Dios. La capacidad de trabajar proviene de Dios. Cada respiración que damos proviene de Dios. Es él quien abre puertas de oportunidad para que podamos sobrevivir económicamente. Es nuestro Proveedor, Sustentador y Ayudador. Todo lo que tenemos es el regalo de su gracia. Todo lo que tenemos es suyo porque nos creó y nos redimió. Somos administradores de sus bienes; no propietarios. El apóstol Pablo aclara este tema con las siguientes palabras: “Ahora bien, alguien que recibe el cargo de administrador debe ser fiel” (1 Corintios 4:2).

Un mayordomo es alguien que administra la propiedad, las finanzas u otras áreas de la vida de otra persona. Somos los mayordomos de Dios. No somos dueños de este mundo ni de nada de lo que hay en él. Dios, el Creador, es el dueño de todas las cosas. Sin embargo, puso a Adán, Eva y sus descendientes a cargo de todo al darles “dominio” sobre todo lo creado, y los colocó “en el jardín de Edén para que se ocupara[n] de él y lo custodiara[n]” (Génesis 1:28; 2:15).

Pablo nos enseña que, en nuestro papel de mayordomos, tenemos la obligación de ser fieles en todo lo que administramos, incluidas las finanzas. Jesús agrega: “Si son fieles en las cosas pequeñas, serán fieles en las grandes; pero si son deshonestos en las cosas pequeñas, no actuarán con honradez en las responsabilidades más grandes” (S. Lucas 16:10).

Cree que el Dios que te creó y te redimió se preocupa por ti y te sustentará. En Filipenses 4:19, encontramos una promesa maravillosa: “Y este mismo Dios quien me cuida suplirá todo lo que necesiten, de las gloriosas riquezas que nos ha dado por medio de Cristo Jesús”. A todos los administradores fieles, Dios les da la certeza de que suplirá sus necesidades. Las necesidades de los hijos de Dios ya han sido satisfechas por el banco del Cielo. Jesús declaró: “Así que no se preocupen por todo eso diciendo: ‘¿Qué comeremos?’ [...] o ‘¿qué ropa nos pondremos?’ [...] Busquen el reino de Dios por encima de todo lo demás y lleven una vida justa, y él les dará todo lo que necesiten” (S. Mateo 6:31, 33).

Una pandemia no erradica las promesas de Dios. La COVID-19 no borró la certeza de la Palabra eterna de Dios. Este coronavirus no

necesita causar una crisis de confianza en nosotros acerca de la capacidad divina de resolver nuestros problemas y satisfacer nuestras necesidades. Al contrario, esta situación puede llevarnos a una fe más profunda y a una confianza más segura en Dios. En medio de nuestros mayores desafíos, las promesas divinas siguen siendo válidas.

He visto esta realidad demostrada de una manera poderosa en mi vida. Mi padre se hizo adventista del séptimo día cuando yo tenía trece años. Debido a su compromiso de guardar el sábado bíblico, perdió su trabajo. Además, papá tomó la decisión de ser fiel al devolver los diezmos y las ofrendas. Para poder mantener a nuestra familia, tuvo que trabajar día y noche. La vida no fue fácil, pero a menudo recuerdo haberlo oído citar dos promesas de la Biblia.

Cuando yo me preguntaba cómo Dios proveería a nuestras necesidades, papá, a su manera tranquila y confiada, citaba San Mateo 6:33 primero: “Busquen el reino de Dios por encima de todo lo demás y lleven una vida justa, y él les dará todo lo que necesiten”. Y luego agregaba Filipenses 4:19: “Y este mismo Dios quien me cuida suplirá todo lo que necesiten, de las gloriosas riquezas que nos ha dado por medio de Cristo Jesús”.

La fidelidad de mi padre y su inquebrantable confianza en Dios le dieron a toda nuestra familia la seguridad de que, en nuestro tiempo de prueba, el Señor sería fiel. Y, de hecho, lo fue. Quizá no hayamos vivido con todos los lujos de algunas familias, pero teníamos algo mucho más valioso: un padre fiel a Dios que nos dio la certeza de que podíamos confiar en el Señor con toda nuestra vida.

Cuando los tiempos son difíciles y nuestras finanzas son limitadas, confiar en Dios es un acto de fe. Significa decir: “Señor, creo que puedes cuidar de mí. Pongo mi vida en tus manos. Creo en tus promesas”.

La esencia misma de la vida cristiana se resume en la confianza. Es confiar a Dios nuestras finanzas, nuestra salud y nuestra vida en general. Es la fe de que el Cristo viviente, quien nos ha dado salvación a través de su gracia y poder por medio del Espíritu Santo, cumplirá su promesa de suplir nuestras necesidades. Confía en él incluso durante una pandemia global que puede afectar tu vida y la vida de las personas que amamos.

Cuando confiamos en Dios en medio de las pruebas, le damos la oportunidad de hacer por nosotros “mucho más de lo que pudiéramos pedir o incluso imaginar” (Efesios 3:20). Esto abre la puerta de nuestro

corazón para recibir sus bendiciones en abundancia. La fe permite que las riquezas del cielo fluyan en nuestra vida.

En cada crisis, Dios tiene todo bajo control. Una pandemia terriblemente devastadora no neutraliza sus promesas. Al vivir con confianza, estamos seguros en su amor hoy, mañana y siempre.

Elige reordenar tus prioridades a la luz del regreso de Jesús. La Biblia hace algunas predicciones impresionantes sobre una crisis económica durante los últimos días de la historia de la Tierra. El mayor tesoro que podemos tener es una relación personal con Jesucristo: la Perla de gran precio. Nos ofrece gozo completo, paz interior y satisfacción duradera. Los placeres fugaces del mundo pronto terminarán. Cuando la felicidad, la satisfacción y la seguridad que sentimos están vinculadas con nuestros bienes materiales y la economía colapsa repentinamente, terminamos desanimados, abatidos y deprimidos. Pero, cuando nuestra fe está anclada en Jesús y en los tesoros eternos de su Palabra, estamos a salvo. El apóstol Santiago revela el engaño y la decepción de aquellos que hacen del dinero su dios:

Presten atención, ustedes los ricos: lloren y giman con angustia por todas las calamidades que les esperan. Su riqueza se está pudriendo, y su ropa fina son trapos carcomidos por polillas. Su oro y plata se han corroído. Las mismas riquezas con las que contaban les consumirán la carne como lo hace el fuego. El tesoro corroído que han amontonado testificará contra ustedes el día del juicio. Así que ¡escuchen! Oigan las protestas de los obreros del campo a quienes estafaron con el salario. Los reclamos de quienes les cosechan sus campos han llegado a los oídos del Señor de los Ejércitos Celestiales. Sus años sobre la tierra los han pasado con lujos, satisfaciendo todos y cada uno de sus deseos. Se han dejado engordar para el día de la matanza (S. Santiago 5:1-5).

El Apocalipsis describe un colapso económico que tendrá lugar poco antes del regreso de Jesús. Aquellos que piensan que el dinero es su fuente de felicidad sufrirán una amarga decepción. Todo lo que los motivó a vivir desaparecerá rápidamente. En Apocalipsis 18, se prevé que un colapso económico repentino sacudirá al mundo.

El texto dice que los mercaderes de la Tierra llorarán “a costa de sus riquezas, porque en una hora ha sido asolada” (versículo 19, BA). De repente, hay un colapso económico sin precedentes y, en una hora, su riqueza no vale nada. Habían puesto su confianza en el lugar equivocado. Confiaban en la riqueza y los bienes materiales, en lugar de depender de las promesas de Dios. Esto nos lleva a una pregunta muy práctica. ¿Cómo pueden nuestras familias sobrevivir a una crisis económica?

Tu familia puede sobrevivir a tiempos difíciles

No hay duda de que los graves problemas económicos provocan trastornos que involucran la vida en su conjunto. No es raro que la gente sufra ataques de ansiedad, depresión y otros problemas de salud mental cuando experimenta una disminución abrupta en sus ingresos.

La recesión económica causada por la pandemia de la COVID-19 ha resultado en una alarmante ola de desempleo, y esto proyecta una serie de trastornos en la sociedad. La gente se enferma y muere como resultado directo de la crisis financiera, el hambre avanza en el mundo, el desarrollo y el futuro de muchos niños se ven seriamente comprometidos, los matrimonios fracasan, además de una serie de otros trastornos que afectan a la sociedad.¹

Satanás, el archienemigo de Jesús, es el creador de todo el mal en el mundo. El diablo nunca anda en nada bueno, ya sea actuando a través de fariseos y otros líderes religiosos de la época de Jesús a fin de evitar la obra de Dios para la salvación de los pecadores, o causando una pandemia que acaba con la vida, el sustento y el bienestar futuro de millones.

Lo bueno es que Dios no es como el dueño ausente de una propiedad, que nos dejó aquí solos. Al contrario, él envió a Jesús para que disfrutemos de una vida plena, a pesar de los ataques del maligno.

Incluso con la presión económica extraordinaria que las crisis imponen a las familias, los padres deben actuar para preservar la salud mental suya y la de sus hijos durante este período de inestabilidad e imprevisibilidad. El diálogo y la paciencia son esenciales en este proceso.

¹ Elizabeth O. Ananat y Anna Gassman-Pines, “Snapshot of the COVID Crisis Impact on Working Families”, *EconoFact*, disponible en <<https://econofact.org/snapshot-of-the-covid-crisis-impact-on-working-families>>, consultado el 1° de junio de 2020.

Cómo sobrevivir emocionalmente en tiempos de crisis

La preocupación y la ansiedad se han apoderado de millones de personas. Temen la COVID-19 o alguna otra enfermedad futura. Se enteraron del aumento de muertes, y temblaron de miedo. Se preocuparon por sus hijos, sus nietos o sus padres ancianos, y muchos todavía se sienten así. O tal vez tienen miedo del factor financiero. A muchos les preocupa no poder pagar el alquiler o financiar su propia casa. Se preocupan por una empresa que ha cerrado y tienen miedo de no tener trabajo después de la pandemia. Para algunos, es aún más cruel: les preocupa cómo alimentar a su familia. Están al límite ante tanta incertidumbre sobre el futuro. La respuesta al miedo debilitante es la confianza en el amor, el cuidado y las provisiones de Dios para nosotros.

La Palabra de Dios nos da ejemplos reales de las crisis que enfrentaron los hijos de Dios y cómo desarrollaron una confianza más profunda durante los períodos de prueba. Estas historias bíblicas revelan principios eternos que desarrollan la fe. Fueron escritas en otro tiempo y lugar, pero continúan hablándonos en este tiempo y lugar. Fueron escritas hace siglos, pero se expresan con relevancia en el siglo XXI, a un mundo devastado por una pandemia mortal y abrumadora.

Dios sigue teniendo todo bajo control en tiempos de crisis

El reino de Judá enfrentó una grave crisis. La devastación y la muerte acechaban a la puerta. La catástrofe parecía segura. El gran rey asirio Tiglat-pileser III estaba obsesionado por conquistar el Medio Oriente. Ya había dominado gran parte de Asia Occidental. Uzías, rey de Judá, era la principal figura de resistencia contra la opresión asiria. Uzías había reinado durante 52 años (791-739 a.C.). Durante su gobierno, la nación había prosperado. Las zonas desérticas habían sido reconquistadas. Los muros de Jerusalén habían sido fortificados. La nación había expandido su territorio. La prosperidad de Judá se debía en gran parte a la fidelidad de Uzías a Dios.

Sin embargo, en un acto de arrogancia y vanidad, trató de quemar incienso en el Templo (esto era responsabilidad exclusiva de los sacerdotes), fue inmediatamente afectado por lepra y finalmente murió. La nación quedó devastada. Su gobernante estaba muerto. La ruina parecía segura. Todas las esperanzas de resistir al ejército aparentemente

invencible de Asiria se habían desvanecido como una sombra. Los habitantes de la nación estaban paralizados por el miedo. Se acercaba un invasor enemigo y parecía que no había mucho que hacer al respecto.

En el momento de esta catástrofe, Isaías escribió: “El año en que murió el rey Uzías, vi al Señor sentado en un majestuoso trono, y el borde de su manto llenaba el templo” (Isaías 6:1). En medio de una crisis, el Trono del cielo no está vacante. Dios le aseguró a su pueblo que él tiene todo bajo control. Él todavía es soberano. La crisis no toma a Dios por sorpresa. Dios no nos deja solos en medio de nuestras mayores pruebas.

La pandemia puede atacar, pero Dios permanece sentado en su Trono. Un enemigo invasor, un coronavirus, devastó la Tierra; pero en estos tiempos difíciles, podemos aprender lecciones de confianza. Cuando el miedo abandona la escena, dejando espacio para la confianza, la paz inunda nuestra vida. El profeta Isaías declaró una poderosa promesa al pueblo de Dios. Su mensaje sigue resonando en los pasillos del tiempo: “¡Tú guardarás en perfecta paz a todos los que confían en ti; a todos los que concentran en ti sus pensamientos! Confían siempre en el Señor, porque el Señor Dios es la Roca eterna” (Isaías 26:3, 4).

El sencillo secreto para sobrevivir a cualquier crisis que enfrentamos es la confianza en que el Creador del Universo y Redentor del mundo nos ama y se preocupa por nosotros, independientemente de lo que nos esté afectando o lleguemos a enfrentar.

Cuando las enfermedades invaden nuestra Tierra, cuando nuestro cuerpo arde de fiebre, cuando la vida parece desplomarse, aún podemos confiar. Podemos creer que, por medio del Espíritu Santo, Dios está con nosotros. Nos fortalece, nos alienta, nos apoya y nos da la esperanza de un mañana mejor. Por lo tanto, podemos dirigir nuestra mirada hacia el día en que la enfermedad, el sufrimiento y la angustia ya no existirán.



Para saber más sobre el tema de este capítulo, accede a este Código QR o al enlace: adv.st/esperanza-7



¿Quieres saber más sobre otros temas? Accede ahora: adv.st/quieroesperanza

8

Dónde encontrar seguridad

Imagina a dos hombres jóvenes de veinte años cortando leña en los días del antiguo Israel, hace tres mil años. Los llamaremos Aod y Elí. Mientras recogen leña para el fuego nocturno, comparten historias, se ríen juntos y hablan sobre el futuro. Entonces, sucede. Sin querer, Aod, al girar el hacha con toda la fuerza, pierde ligeramente el objetivo. La cabeza del hacha sale volando a toda velocidad y golpea la garganta de Elí. Este sangra profusamente y hay poco que Aod pueda hacer para salvar la vida de su amigo.

Aunque fue un accidente, Aod sabe que el padre y los hermanos de Elí deben vengar la muerte de su ser querido quitándole la vida a su asesino; es decir, a menos que Aod logre llegar primero a una de las seis ciudades de refugio de Israel.

Aod comienza a correr y, a medida que gana velocidad, sus pies se mueven cada vez más rápido. Sus pulmones arden. Jadea, casi sin aliento. Le duelen las piernas. Su corazón late rápido. Gotas de sudor corren por su frente. Se obliga a correr aún más rápido. A lo lejos, escucha un galope de caballos. Los padres y los hermanos de Elí lo persiguen. Sabe que, si no llega pronto a la ciudad de refugio, su vida habrá terminado. Lleno de culpa por su descuido, lleno de preocupaciones y de gran ansiedad, se apresura.

Había seis ciudades de refugio diseminadas por todo Israel. La mayor distancia que alguien podía encontrarse de una de las ciudades de refugio era un viaje de un día. Fueron fundadas para servir como un lugar seguro para los que accidentalmente mataban a alguien.

Leemos acerca de estas ciudades en el libro de Josué, en el Antiguo Testamento: “Esas ciudades quedaron apartadas para todos los israelitas

y también para los extranjeros que vivían entre ellos. Cualquier persona que matara a otra por accidente podía refugiarse en una de esas ciudades; de esa manera, evitaba que le quitaran la vida por venganza antes de ser juzgada frente a la asamblea local” (Josué 20:9). Cualquiera que hubiese matado a otro por accidente podía escapar a una ciudad de refugio, presentar su justificación y encontrar protección.

Al comentar sobre estas ciudades de refugio, el libro *Patriarcas y profetas* declara:

El que huía a la ciudad de refugio no podía demorarse. Abandonaba su familia y su ocupación. No tenía tiempo para despedirse de los seres amados. Su vida estaba en juego y debía sacrificar todos los intereses para lograr un solo fin: llegar al lugar seguro. Olvidaba su cansancio; y no le importaban las dificultades. No osaba aminorar el paso ni siquiera por un solo momento hasta hallarse dentro de las murallas de la ciudad (p. 553).

Cuando Aod corrió hacia la ciudad, las puertas se abrieron de par en par y fue recibido con toda la hospitalidad. Allí Aod encontró refugio, seguridad y paz. ¡Qué ilustración del refugio que Cristo nos ofrece! Perseguidos por la culpa, atacados por el miedo, llenos de ansiedad y angustiados por las preocupaciones, nosotros también podemos escapar a un lugar de refugio: nuestro santuario.

Las ciudades de refugio eran accesibles para todos. Dios había creado un santuario de refugio al que todos podían ir. Jesús, nuestro Sumo Sacerdote, vive en el Santuario celestial, un lugar de refugio y seguridad. Por fe, nos invita a entrar y encontrar refugio, esperanza, paz y calma.

La invitación de Jesús

Los fenómenos meteorológicos catastróficos pueden sacudir la Tierra. Las guerras, los conflictos internacionales y las disputas internas tienen el potencial de invadir naciones enteras. Los terremotos pueden devastar ciudades, las inundaciones pueden destruir comunidades, las plagas pueden matar cultivos y la COVID-19 puede extenderse por todo el mundo a la velocidad de la luz y matar a cientos de miles. Hay momentos en que nuestro corazón tiembla de miedo. Anhelamos seguridad. Queremos un lugar seguro. Queremos estar protegidos de las tormentas de la vida.

Cuando parece que ya no hay más escondites, Jesús nos invita a apartar la mirada de los traumas de la Tierra y encontrar fuerzas en el Santuario celestial, su ciudad de refugio.

En el libro de Hebreos, el apóstol Pablo nos anima con estas palabras:

Por lo tanto, ya que tenemos un gran Sumo Sacerdote que entró en el cielo, Jesús el Hijo de Dios, aferrémonos a lo que creemos. Nuestro Sumo Sacerdote comprende nuestras debilidades, porque enfrentó todas y cada una de las pruebas que enfrentamos nosotros, sin embargo, él nunca pecó. Así que acerquémonos con toda confianza al trono de la gracia de nuestro Dios. Allí recibiremos su misericordia y encontraremos la gracia que nos ayudará cuando más la necesitemos (Hebreos 4:14-16).

Jesús, quien murió por nosotros, también vive para nosotros. Pasó por todas las pruebas, tentaciones y traumas que enfrentamos, pero en un grado infinitamente mayor. No hay nada en nuestra experiencia humana que él no comprenda o que nunca haya sufrido.

Por eso, Cristo nos invita a entrar en su presencia por fe, en el Santuario celestial, para encontrar “la gracia que nos ayudará cuando más la necesitemos” (Hebreos 4:16). ¿Estás pasando por un momento de necesidad? ¿Buscas un lugar seguro, un lugar de refugio y seguridad? Jesús te invita a refugiarte en él.

Acceso inmediato al Padre

El mensaje central del ministerio sumosacerdotal de Jesús en el Santuario celestial es que, a través de él, tenemos acceso al Padre. Tenemos acceso al Padre gracias a Jesucristo, quien intercede por nosotros. No hay experiencia que enfrentemos en la vida que nuestro Sumo Sacerdote celestial no haya pasado y no entienda. Nuestro Sumo Sacerdote nos comprende. Se identifica con nosotros. Nuestro Sumo Sacerdote obtuvo la victoria por nosotros. Él nos perdona, nos libera y nos da poder. El apóstol agrega: “Por eso puede salvar –una vez y para siempre– a los que vienen a Dios por medio de él, quien vive para siempre, a fin de interceder con Dios a favor de ellos” (Hebreos 7:25).

Las Escrituras revelan que cada uno de nosotros tiene una ciudad de refugio:

Dios también se comprometió mediante un juramento, para que los que recibieran la promesa pudieran estar totalmente seguros de que él jamás cambiaría de parecer. Así que Dios ha hecho ambas cosas: la promesa y el juramento. Estas dos cosas no pueden cambiar, porque es imposible que Dios mienta. Por lo tanto, los que hemos acudido a él en busca de refugio podemos estar bien confiados aferrándonos a la esperanza que está delante de nosotros. Esta esperanza es un ancla firme y confiable para el alma; nos conduce a través de la cortina al santuario interior de Dios. Jesús ya entró allí por nosotros. Él ha llegado a ser nuestro eterno Sumo Sacerdote, según el orden de Melquisedec (Hebreos 6:17-20).

Por fe, entramos con Jesús, nuestro Sumo Sacerdote celestial, en el Santuario celestial. Estas palabras continúan resonando a través de los tiempos, comunicando esperanza a nuestro corazón. Por fe, podemos remontarnos hacia la Eternidad. Por fe, podemos morar en lugares celestiales con Cristo. Por fe, podemos encontrar un lugar de refugio y seguridad en el Santuario celestial.

En Cristo hay seguridad. En Cristo hay refugio. En Cristo, vivimos en los lugares celestiales (ver Efesios 1:3). A través de Cristo, tenemos acceso al amor, la gracia y el poder de nuestro Padre celestial. A través de Cristo, entramos en la presencia del Padre por la fe en el Santuario celestial y encontramos refugio. En todos los desafíos de la vida, podemos contar con estas promesas: “El Dios eterno es tu refugio, y sus brazos eternos te sostienen” (Deuteronomio 33:27). “Dios es nuestro refugio y nuestra fuerza; siempre está dispuesto a ayudar en tiempos de dificultad” (Salmo 46:1). “Para muchos, soy motivo de asombro, pero tú eres mi refugio inconvencible” (Salmo 71:7, NVI).

Acceso directo

Durante la guerra civil estadounidense, un joven soldado del ejército de la Unión perdió a su hermano mayor y a su padre en la Batalla de Gettysburg. Luego decidió ir a Washington, DC, para encontrarse con el presidente Lincoln y excusarse del servicio militar a fin de regresar a casa y ayudar a su madre y a su hermana con la siembra de primavera en

la granja. Cuando llegó a Washington, después de recibir el permiso de sus superiores para reclamar su solicitud, fue a la Casa Blanca, se acercó a la puerta y pidió ver al Presidente.

El guardia de turno le dijo:

—¡No puedes ver al Presidente, joven! ¿No sabes que estamos en guerra? ¡Es un hombre muy ocupado! ¡Ahora vete! ¡Vuelve a la batalla, que es tu lugar!

Por ende, el joven soldado le dio la espalda muy desanimado y se sentó en el banco en un parque que estaba cerca de la Casa Blanca. En ese momento, un niño se le acercó.

—Soldado, te ves triste. ¿Cuál es el problema?

El soldado miró al niño y le abrió su corazón. Le contó sobre la muerte de su padre y su hermano en la guerra. También mencionó la desesperada situación de su hogar. Le explicó que su madre y su hermana no tenían a nadie que las ayudara en la granja. El niño escuchó y respondió:

—Puedo ayudar, soldado.

Luego, tomó al joven combatiente de la mano y lo condujo de regreso a la puerta principal de la Casa Blanca. El guardia no pareció notarlos, ya que no los detuvo. Siguieron el camino y atravesaron la puerta de entrada de la Casa Blanca. En el interior, se encontraron con generales y funcionarios de alto rango, pero nadie les dijo ni una palabra. El soldado no alcanzaba a comprender. ¿Por qué nadie trataba de detenerlos?

Finalmente, llegaron al Salón Oval, donde trabajaba el Presidente, y el niño ni siquiera llamó a la puerta. Simplemente, la cruzó y llevó al soldado con él. Detrás del escritorio estaban Abraham Lincoln y su secretario de Estado, analizando los planes de batalla que estaban sobre la mesa.

El Presidente miró al niño y al soldado. Entonces, dijo:

—Buenas tardes, Tad. ¿Me puedes presentar a tu amigo?

Y Tad Lincoln, el hijo del Presidente, dijo:

—Papá, este soldado necesita hablar contigo.

El soldado presentó su situación a Lincoln e inmediatamente recibió la dimisión que quería. Tad Lincoln, el hijo del Presidente, no tuvo que rogar ni suplicar para ver a su padre. No había necesidad de llamar a la puerta. Entró directamente, y su padre estaba feliz de verlo. Jesús tiene acceso inmediato a su Padre, nos guía de la mano y nos conduce directamente a la presencia de Dios.

Cuando miramos a Jesús, estamos a salvo. En la vida cristiana, la dirección en la que miramos marca toda la diferencia. Si nos centramos en el pasado, a menudo seremos superados por una sensación de fracaso. Si miramos a nuestro corazón, nos sentiremos abrumados por nuestra propia insuficiencia. Si nos preocupamos demasiado por el futuro, podemos terminar rodeados de preocupaciones. Al mirar a Jesús en el Santuario celestial, descubrimos nuestra verdadera sensación de paz. Por fe, descansamos en su amor en la ciudad celestial de refugio. En sus brazos, estamos a salvo ahora y para siempre.

El sábado: un remanso de paz

Además del Santuario celestial, en el que entramos mediante la fe en Jesús, para encontrar un lugar de refugio y seguridad en este mundo destrozado, nuestro Padre celestial creó un lugar de seguridad y refugio en la Tierra. El pensador judío Abraham Heschel llama al sábado “el santuario de Dios en el tiempo”. Cada semana, Dios nos invita a experimentar el descanso y encontrar refugio incluso en este mundo frenético y descontrolado. Podemos dejar de lado las preocupaciones de la vida cuando entramos en el descanso sabático divino.

En la Creación, milenios antes de la existencia de los judíos, Dios separó el séptimo día, el sábado. Génesis, el primer libro de la Biblia, dice: “Cuando llegó el séptimo día, Dios ya había terminado su obra de creación, y descansó de toda su labor. Dios bendijo el séptimo día y lo declaró santo, porque ese fue el día en que descansó de toda su obra de creación” (Génesis 2:2, 3).

En el libro de Éxodo, la Palabra de Dios nos dice que Dios “dejó de trabajar y descansó” el séptimo día, al final de la semana de la Creación (Éxodo 31:17). Cuando entramos en el descanso divino del sábado, como lo ordena Éxodo 20:8 al 11, también nos sentimos renovados. El sábado es un oasis en el tiempo, un lugar de calma, paz y seguridad en un mundo salvaje y fuera de control.

El sábado es eterno. Va desde el Jardín del Edén, en la Creación, hasta el jardín en el que Dios transformará este planeta al final de los tiempos. Se extiende desde el paraíso perdido hasta el paraíso restaurado. Necesitamos ese tipo de “para siempre” en nuestra vida. Necesitamos un lugar que nos dé la seguridad de que estamos en una relación eterna

con nuestro Padre celestial. Necesitamos un “santuario en el tiempo”,¹ en el que nuestras certezas se profundicen, un lugar que nos asegure que el Padre celestial está siempre a nuestro lado, dispuesto a ayudarnos.

En el sábado, encontramos la oportunidad de descansar con alegría. Es un tiempo para reflexionar, meditar sobre los propósitos de la vida, ponerse en contacto con nuestro Creador. En sábado, nos conectamos con nuestras raíces como hijos de Dios. Podemos crecer y madurar a partir de ahí. Necesitamos ese tipo de lugar perenne que conecta la totalidad de nuestra vida con una relación eterna con Dios.

El sábado nos recuerda que no somos solo huesos recubiertos de piel. No somos un accidente genético. No somos el resultado de la evolución de las especies. El sábado nos recuerda que no estamos solos en una gran bola de cenizas que gira por el espacio a casi 110 mil kilómetros por hora en un viaje que no conduce a ninguna parte. El sábado es un recordatorio semanal de que fuimos creados por Dios y de que podemos descansar bajo su cuidado.

El sábado nos llama a entrar en su descanso celestial. Nos llama a experimentar un anticipo del cielo hoy. Nos llama a una relación con nuestro Creador que continuará por toda la eternidad. El sábado es en realidad un anticipo de la Eternidad. Hay mucho más por venir, pero en el sábado tenemos la primera entrega.

¿Es posible que, en el ajetreo de la vida, llenos de ansiedad y consumidos por el estrés, nos hayamos perdido una de las mayores bendiciones de Dios? ¿Es posible que Dios nos esté llamando a algo más profundo, a algo más amplio, algo más elevado, algo más grande de lo que experimentamos antes? ¿Es posible que Dios anhele que veamos una nueva profundidad de significado en el día de reposo? ¿Es posible que Dios anhele que experimentemos paz auténtica en este sábado?

Entrar en un verdadero descanso sabático de ninguna manera significa cumplir con una obligación legalista del Antiguo Testamento. El descanso sabático es un símbolo de nuestro descanso en Cristo.

Cuando Jesús derramó voluntariamente su vida en la Cruz, sufrió la muerte que nosotros merecemos. Dio su vida como un sustituto perfecto de nuestra vida pecaminosa. El sábado no es un símbolo del legalismo. Es un recordatorio eterno de que descansamos en Dios para recibir la salvación.

1 Ver Abraham Joshua Heschel, *O Schabat* (San Pablo: Perspectiva, 2012), p. 22.

El Carpintero de Nazaret construyó una vivienda especial para nosotros. Podemos encontrar refugio allí. Podemos estar a salvo allí. Su obra está completa. Está terminada. Podemos saber que en Cristo somos aceptados por nuestro amoroso Padre celestial. Cuando descansamos en el día de reposo, descansamos en su cuidado amoroso. Estamos descansando en su justicia. El descanso sabático es un símbolo de una experiencia de fe en Jesús. Es una ilustración gráfica de nuestra confianza en él.

Trabajamos toda la semana, pero el séptimo día descansamos. Dejamos nuestras obras para descansar completamente en Cristo. En Jesús, encontramos un lugar al cual pertenecer. No necesitamos estreñarnos en busca de nuestra propia salvación. Nuestra vida no necesita estar llena de culpa, miedo ni ansiedad. El sábado revela una actitud pacífica de total dependencia del Cristo que nos creó y nos redimió. La salvación viene solo a través de Jesús. No la merecemos. No la ganamos. Simplemente, descansamos y la recibimos por fe.

Hay una razón más por la que Dios nos dio el sábado. El sábado muestra que el Señor es quien nos santifica. ¿Cómo es eso? Bueno, eso es lo que Dios hizo con el séptimo día. Era una porción de tiempo como cualquier otro al final de la semana de la Creación, pero Dios separó ese día. Lo santificó. Y a través del sábado, Dios nos dice: “Eso es lo que quiero hacer por ti también. Quiero separarte como mi hijo especial. Quiero derramar mi vida en ti. Quiero santificarte. Quiero compartir mi santidad contigo”.

El sábado nos recuerda cómo desarrollamos nuestro carácter: relacionándonos con nuestro Padre celestial y con Jesucristo. El sábado es una promesa viva y perpetua de la capacidad que Dios tiene para ayudarnos a crecer a través de todos los altibajos, las tragedias y los triunfos de nuestra vida.

Necesitamos ese tiempo de calidad con nuestro Padre celestial. Necesitamos tiempo de calidad en el día de reposo con el Dios que nos santifica y nos ayuda a seguir creciendo. El sábado se ha mantenido en el ciclo semanal desde la Creación hasta ahora. El sábado comenzó en el Jardín del Edén y se celebrará cuando la Tierra se renueve después de la segunda venida de Cristo. Es la base de toda adoración.

Al escribir en el último libro de la Biblia, Juan declara: “Tú eres digno, oh Señor nuestro Dios, de recibir gloria y honor y poder. Pues tú

creaste todas las cosas, y existen porque tú las creaste según tu voluntad” (Apocalipsis 4:11). Nosotros existimos por voluntad de Dios. No somos una agrupación aleatoria de moléculas ni una matriz de células azarosas. La adoración en sábado es un glorioso testimonio del amor de nuestro Dios, el Creador, quien nos ha dado el regalo de la vida.

El profeta Isaías habla sobre el tiempo en que Dios creará “cielos nuevos” y “tierra nueva”. Él dice: “Sucederá que de una luna nueva a otra, y de un sábado a otro, toda la humanidad vendrá a postrarse ante mí, dice el Señor” (Isaías 66:22, 23). En la Tierra Nueva experimentaremos, cada sábado, la alegría de la adoración con todo el Universo. Padre, Hijo y Espíritu Santo nos guiarán en una sinfonía de alabanza en la ciudad de refugio en la Nueva Jerusalén. Allí estaremos a salvo para siempre.

La Nueva Jerusalén: la ciudad de refugio definitivo

Dios puede alentarnos de maneras extraordinarias cuando pasamos por pruebas. El apóstol Juan estuvo exiliado en la isla rocosa y árida de Patmos. ¡Imagina la soledad que sintió! Quedó aislado de su familia, sus amigos, sus hermanos y sus hermanas en la fe.

Sin embargo, Juan no estaba solo. Día tras día, pasaba tiempo con Jesús en oración y meditación. Hasta que, un día, la gloria de Dios lo inundó. El ángel del Señor bajó del cielo y le reveló el futuro con símbolos extraordinarios de imágenes proféticas.

Juan escribió las visiones que el ángel le dio para que nosotros pudiéramos leerlas hoy. Están en el último libro de la Biblia, el Apocalipsis. Estas revelaciones proféticas muestran que Dios está al mando del destino de este planeta. El clímax del libro de Apocalipsis es la ciudad santa, la Nueva Jerusalén, que desciende del cielo a la Tierra.

En lo profundo de nuestro corazón, anhelamos seguridad. Nuestro objetivo es un mundo mejor, en el que el dolor y el sufrimiento ya no existan. La Nueva Jerusalén es la ciudad eterna de refugio de Dios. Allí, en presencia de Jesús, estaremos a salvo para siempre.

Al escribir sobre esta ciudad, el apóstol Juan escribió:

Entonces vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido y también el mar. Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que

descendía del cielo desde la presencia de Dios, como una novia hermosamente vestida para su esposo.

Oí una fuerte voz que salía del trono y decía: “¡Miren, el hogar de Dios ahora está entre su pueblo! Él vivirá con ellos, y ellos serán su pueblo. Dios mismo estará con ellos. Él les secará toda lágrima de los ojos, y no habrá más muerte ni tristeza ni llanto ni dolor. Todas esas cosas ya no existirán más” (Apocalipsis 21:1-4).

El apóstol vio el acto final en el gran conflicto entre el bien y el mal. La perversidad, el mal y el pecado finalmente serán destruidos por completo. La ciudad santa, la Nueva Jerusalén, descenderá del cielo. El planeta Tierra será renovado a su esplendor edénico. Este planeta rebelde será el centro del nuevo mundo de Dios. El tabernáculo del Señor, la morada de Dios mismo, se establecerá en la Tierra renovada. Dios morará con su pueblo. El amor reinará. La alegría llenará nuestro corazón. La enfermedad, los desastres y la muerte terminarán para siempre.

Un día, la maldad abandonará la escena y será reemplazada por la justicia. Un día, la guerra se rendirá a la paz. Un día, las enfermedades serán erradicadas, y nuestros cuerpos prosperarán en plena salud. Un día, el mal será derrotado y la bondad reinará. Un día, la pobreza abrirá camino a la abundancia. Un día, el diablo definitivamente será destruido. Jesús será Señor de señores y Rey de reyes. Aunque el mal parezca tan fuerte, la perversión tan grande y el pecado tan poderoso, el Testigo fiel y verdadero, el Cristo resucitado, el Gobernante de los reyes de la Tierra, el verdadero Rey de reyes, volverá y viviremos con él para siempre.

Nuestra actitud debe ser similar a la de George MacDonald, un gran predicador y escritor escocés. Se dice que un día estaba hablando con su hijo sobre el cielo y las profecías, y escuchó del niño: “Parece demasiado bueno como para ser verdad”. Una sonrisa brilló en el rostro barbudo de MacDonald. “No –respondió–, ¡es tan bueno que debe ser verdad!”²

El viejo predicador tenía razón. Ninguna mente humana podría inventar un final tan glorioso para el conflicto entre el bien y el mal. Las alegrías del cielo superan con creces nuestra comprensión. Nuestro Padre celestial ha preparado algo para nosotros que satisfará cada necesidad de nuestro corazón.

2 Philip Yancey, *Decepcionado com Deus* (San Pablo: Mundo Cristiano, 2004), p. 97.

Sobre todo, seremos felices porque viviremos con Jesús por toda la eternidad. Él es la fuente de nuestra alegría. Es la fuente de nuestra felicidad. Apaga la sed del alma debido a un amor profundo que nunca cesa. Fuimos creados para ser amados y, a lo largo de las infinitas eras de la eternidad, experimentaremos este amor cada vez más.

El amor incondicional, interminable e inalcanzable de Cristo continuará encontrando nuevas formas de alegrar nuestro corazón y hacernos felices. En el mundo renovado, descubriremos que Padre, Hijo y Espíritu Santo encuentran su mayor deleite en hacer felices a sus hijos.

¿Te gustaría sentir una alegría indescriptible, felicidad sin medida, paz más allá de la comprensión humana y amor divino que desborda de tu corazón a las personas que te rodean? ¿Te gustaría tener salud total, energía ilimitada y vitalidad infinita? ¿Te gustaría desarrollar cada talento, explorar innumerables mundos, viajar a vastas civilizaciones que nunca sucumbieron al pecado y descubrir continuamente nuevos misterios en el Universo? ¿Te gustaría hacer amigos con los mejores intelectos que jamás hayan vivido y desarrollar relaciones profundas y duraderas?

El cielo no es demasiado bueno para ser verdad. ¡Es demasiado bueno para no ser verdad! Todo esto es para ti. El cielo es tu hogar. Te invito a abrir tu corazón al Cristo viviente y entregarle toda tu vida a él. Acepta su amor. Recibe su perdón. Pídele poder para vivir una nueva vida y regocijarte en ser un hijo de Dios. Al tomar una decisión junto con la verdad de la Palabra de Dios, estarás seguro en el amor del Padre y preparado para vivir para siempre en la Nueva Jerusalén.



Para saber más sobre el tema de este capítulo, accede a este Código QR o al enlace: adv.st/esperanza-8



¿Quieres saber más sobre otros temas? Accede ahora: adv.st/quieroesperanza